



DOMICILIO

DESCONOCIDO

UNA NOVELA Y CINCO
PIEZAS BREVES DE

GERARDO V. C.

Domicilio desconocido

Gerardo V. C.

Copyright © 2018 Gerardo Vázquez Cepeda

La letra original de la canción del capítulo 9 es *Maledetta primavera*, de Amerigo Paolo Cassella. Fue traducida al español e interpretada por Yuri en 1981

ISBN: 9781980343714

Sello: Independently published

Todos los derechos reservados

CONTENIDO

[Domicilio desconocido](#)

[Amar y devorarse al mismo tiempo](#)

[En el dentista](#)

[Ostras](#)

[Pasión de botellón](#)

[Desasosiego](#)

Domicilio desconocido recibió el segundo premio en el VII Certamen Internacional de Novela Corta Giralda y fue publicado originalmente en la antología "Torre de canela" por la asociación ITIMAD

1

Todo comenzó una mañana cualquiera, con el teléfono móvil vibrando sobre la mesita de noche.

Hacía meses que había perdido mi empleo. Fue el 30 de septiembre, un hermoso día de otoño, todavía tibio, casi caluroso, con las hojas de los plataneros amarilleando y los días haciéndose cada vez más cortos. El jefe de personal me condujo a su despacho, señaló a través de la ventana, con fingido dolor, la maquinaria parada por la falta de demanda y me extendió el finiquito. Se acabaron los turnos de ocho horas, con un descanso para comer. Se acabó desplegar las cajas, revisarlas, armarlas con cinta, contemplar su desfile sobre la banda transportadora hasta la siguiente sección. Pasé a formar parte de la legión de desempleados que engorda la estadística cada vez que revienta alguna burbuja especulativa y me agarré a la teta del subsidio para beber de su leche, antes de tratar de regresar a la vida activa. Algo bastante familiar para millones de personas, cada vez más, por lo que seguir entrando en detalles resultaría prosaico.

Pero hubo algo más, porque tras el despido comenzaron las turbulencias. Me inquietaba la luz del sol como el resplandor de una bomba. Las voces de la gente eran como uñas chirriantes arañando una pizarra negra, su inacabable cacareo me sacaba de quicio. Había demasiado ruido en mi cabeza y tenía ganas de llorar, de perforar tabiques como si fuera un carnero, de arrojarme al vacío sin

red. Para taponar ese miedo acabé recluyéndome en mi apartamento. El temporal arreciaba fuera y removía las persianas, pero en general, en aquella placenta de cuarenta metros cuadrados me encontraba a salvo.

Aunque uno respire, tosa y regurgite; aunque conviva con otros hombres y mujeres que le conocen por su nombre e incluso sus apellidos y saben de sus gustos y le juzgan o sojuzgan. En fin, cualquier ser más o menos humano, si decide esconder la cabeza bajo tierra, cavar como un topo y aislarse en su madriguera, podrá experimentar lo que se llama muerte en vida. Así pasó, me olvidé de todos y todos se olvidaron de mí. Lo inquietante es que resultó muy fácil. Mis frágiles relaciones se fueron apagando, los amigos desaparecieron y el esporádico contacto con la familia cesó, como deja de manar el agua de un grifo que se cierra. Yo ejercí esa fuerza por propia voluntad, giré y apreté la rosca. Estrangulé la última gota.

Llevaba semanas, o quizá meses, sin recibir una llamada. El intercambio de palabras con otro ser humano se había reducido a los protocolarios buenos días, doscientos gramos de esto, un kilo de lo otro, tiene cambio para tabaco, gracias, hasta luego, adiós, de la cafetería o el supermercado. Mera supervivencia, porque una parte de mí se resistía a acabar como esos adolescentes japoneses que se encierran en su habitación con la persiana bajada, las veinticuatro horas del día frente al ordenador, tramando su suicidio. Mi último asidero, por superstición, como el salvavidas naranja de los barcos, era un viejo teléfono móvil con la pantalla de color verde. Lo cargaba cada quince días exactos. Y lo dejaba en el aparador de la entrada, como un tótem. ¿Por qué entonces había comenzado a moverse como un lagarto descabezado en mi mesita de noche, a las siete de la mañana? Lo imaginé cruzando el pasillo en penumbra, arrastrándose como un gusano, poseído de algún tipo de fuerza sobrenatural, hasta dar conmigo. Descarté la idea; por algún motivo lo había llevado al dormitorio, no cabía otra explicación y fue una suerte.

Encendí la luz, me levanté de la cama y cogí el teléfono. Observé el icono de llamada perdida y miré el número. Al leer 943 supuse que sería el típico *spam*, la persuasiva voz latina ofreciéndome cambiar de seguro o de compañía telefónica. En alguna ocasión había llegado a descolgar el teléfono para escuchar unos segundos, como el niño que espía a sus padres tras la puerta. Me decepcionaba si era una simple máquina, prefería el “buenos días”, “¿hablo con el señor...?”. Señor. El telemárketing es uno de los pocos lugares donde sobreviven las antiguas fórmulas de cortesía, porque ya ni los cajeros automáticos le hablan a uno de usted.

Pero era muy temprano, una llamada comercial a esas horas es tirar el dinero, siempre llaman a mediodía, a la hora de comer. Está todo estudiado.

Picado por la curiosidad encendí el ordenador y tecleé el número completo en el buscador. El prefijo pertenecía a Irún. Era probable que la empresa en cuestión estuviera radicada allí. Busqué fotografías de la ciudad. En ellas aparecía atravesada, más bien arropada por el estuario de un río y los edificios grises con el tejado naranja brotaban como hongos entre el verdor que lo inundaba todo. Decidí que tendría que visitar aquella ciudad algún día, romper mi encierro de una vez por todas. Incluso buscar empleo por allí, el norte es siempre tierra de oportunidades. O desde Irún pasar a Francia, limpiarme las pezuñas en la alfombra de piel de toro y despedirme de sus miserias. Unos meses de mutismo habían bastado para barrer toda mi vida, dejar otra vez el lienzo en blanco y sentí un leve cosquilleo en las piernas, un incipiente deseo de volver a caminar.

Se me ocurrió una idea que solo pueden concebir los náufragos, los seres abandonados a su suerte, inmersos en la soledad y el tedio. Parece mentira, aburrirse, con lo poco que dura en promedio una vida. Quería saber quién me había llamado, ponerle nombre y apellidos. Inventarme una cara. Escuchar su voz. Necesitaba un listín telefónico, así encontró Terminator a Linda Hamilton. Pero me tendría que conformar con Internet. En menos de media hora di con su nombre: Nieves Aguirre Lasarte. ¿Por qué me habría llamado?

La hipótesis más plausible era también la menos excitante: una simple equivocación al marcar, un cuatro en lugar de un tres, error rápidamente enmendado en el siguiente intento; quizá era una señora mayor, aferrada por la fuerza de la costumbre a su viejo teléfono, amarillo por el paso de los años, pulcramente colocado sobre un tapete de ganchillo. ¿Y si intentaba averiguar algo más? Tecleé su nombre completo, pero no encontré una sola referencia. Dejé el teléfono sobre la mesa del salón y me dediqué a contemplarlo durante un rato. Nieves Aguirre Lasarte.

Pulsé el botón de rellamada.

2

El teléfono dio varios tonos y se escuchó un crujido.

— ¿Dígame?

Una voz femenina. Joven, aparentemente. Hinché la barriga y exhalé despacio por la boca, antes de decir nada. La corriente de aire recorrió la tráquea agitándola, como el paso de un tren de cercanías a través de un túnel subterráneo. Ese instante en el que se taponan los oídos y se cierne la oscuridad sobre las ventanillas, hasta que el vagón aflora a la superficie, una planicie sembrada de escombros, coches destartados y colmenas de doce pisos.

—Jaime, ¿eres tú? Soy Nieves. Te he llamado esta mañana, necesitaba hablar contigo.

Ese fue el momento decisivo. Una fuerza desconocida, quizá esa misma que había movido mis dedos para iniciar la llamada, me empujó hacia delante para suplantar al tal Jaime.

—Sí, soy yo.

¿Qué otra cosa podía hacer? La risa de Nieves brotó del auricular como del grifo de una ducha. Hubo una pausa, una tos nerviosa. Varias palabras atropelladas, y por fin dijo:

—Perdona mi atrevimiento, pero es que ayer, revisando mi agenda, encontré tu número y me pregunté, ¿qué será de Jaime? Y toda la noche vengo a pensar en Jaime, tanto que he soñado contigo y todo, cuando viajamos a París, te daba vértigo subir a la Torre Eiffel ¿te acuerdas? Pues estábamos en el ascensor, temblabas, no parabas de sudar y el ascensor cada vez más rápido y tú sollozando. Daba un poco de miedo. Nada más levantarme he marcado, sin pensar. Ni siquiera estaba segura de que conservaras ese número.

Dudé. No sabía qué decir, hacerse pasar por alguien es más difícil de lo que parece. También es un delito. Nieves chasqueó la lengua y prosiguió.

—Y bien, ¿sigues en Vigo?

—No, hace tiempo que no vivo allí. En Vigo.

Se me había secado la garganta y tuve que carraspear para poder seguir hablando. Nieves se me adelantó.

— Entonces, ¿dónde?

—Pues casi en el otro extremo—mascullé—en Puertollano.

—Claro, trabajas en la refinería.

—Sí, así es. Me trasladaron en septiembre.

Mi recién descubierta capacidad para improvisar mentiras me animó un poco. Traté de sacudirme el tono de espectro, de adolescente a punto de perder la virginidad que se había apoderado de mi voz. Nieves prosiguió:

—Entiendo, vosotros los ingenieros siempre de aquí para allá.

Reí para mis adentros.

— ¿Sabes que hace poco yo también me acordé de ti?, me dije, ¿qué será de Nieves? Intenté localizarte en Facebook, pero no di contigo.

—Sí, cancelé mi cuenta. Es que prefiero lo real a lo virtual. A lo mejor me he quedado anticuada, no sé.

Después se hizo un tiempo muerto, dos, tres segundos de incómodo silencio. Estaba claro que ambos calculábamos nuestro siguiente paso.

—Nieves...

—Jaime...

— ¿Por qué no hacemos por vernos un día de estos?

La frase salió, audaz, despedida de mi boca girando sobre sí misma, como el balón arrojado a la canasta desde la línea de tres.

— ¿Quedar? ¿Contigo?

No me gustó el tono suplicante en el que había formulado mi invitación, pero ya no había remedio. El chasquido de los labios de Nieves se expandió en mi oído como las ondas de una piedra arrojada a las aguas quietas de una charca.

—No estaría mal, no sé. Es que no me gusta conducir y La Mancha está tan lejos.

Apreté los dientes, debería haberle dicho que vivía en Burgos.

—Puedo ir yo, si quieres.

—Bueno, espera.

Ahora la voz de Nieves transmitía una alegría infantil.

—Podemos quedar en un sitio intermedio, ni para ti ni para mí.

— ¿Madrid entonces? — Fue lo primero que pensé, aunque estaba mucho más cerca de Puertollano que de Irún— O quizá te venga mejor Burgos o Zaragoza, lo que tú quieras.

—Madrid me gusta. Viví allí un tiempo. Estaría bien. Además, puedo ir en tren y me evito coger el coche. Podríamos vernos en la misma estación de Atocha, muy cerca está el Museo del Prado, podríamos... Perdona, te estoy agobiando.

—No, en absoluto. ¿Cuándo nos vemos?

—Este sábado.

Ni un segundo de duda. Aquella rapidez en aceptar mi ofrecimiento —era martes— me dejó sin habla. Nieves supo percibirlo y se adelantó.

— ¿Es muy pronto?

—No, no. Está bien. Mejor cuanto antes, que estas cosas si no las haces cuando lo piensas...

—Tienes razón. Es el momento. Reservaré un hotel por el centro.

— ¿Nieves?

— ¿Sí?

3

Colgué y cuando se fue enfriando toda la excitación generada comencé a pensar con verdadero detenimiento. Todo habían sido vaguedades, no habíamos quedado en nada. Ni siquiera me había dejado su número de teléfono móvil. Era fácil deducir que el verdadero Jaime había sido importante para ella, ¿con quién si no se hace un viaje a París? Y me quedó claro que la tal Nieves estaba al tanto del engaño y de una manera muy habilidosa se había deshecho de mí, del caradura que había tratado de aprovecharse de un momento de debilidad, de un ataque de nostalgia. ¿Pero por qué marcó mi número, por qué yo?

Tanteé el teléfono. Una buena manera de aclararlo todo era volviendo a llamar. Pero la sospecha —en aquel momento certeza— de que Nieves hubiera cazado mi mentira, me paralizó. La conversación que siguiera podía ser muy desagradable: como broma no está mal, falso Jaime o como te llames; ha sido divertido, pero basta. No quería hablar contigo, me equivoqué al marcar. No sé quién eres, ni quiero saberlo. Adiós.

Un naufrago que durante meses se había apartado de la vereda del tú a tú no estaba preparado para un aluvión de reproches; menos para afrontar una denuncia por acoso. Pero el piso se me caía encima; por primera vez vi los límites de mi jaula, sus barrotes de rasillón del siete y yeso enlucido en liso, de persianas y ventanas de climalit.

Salí a la calle.

Necesitaba apagar el recuerdo de la voz de Nieves, que se había

enquistado en mi cabeza y los pensamientos obsesivos que me zarandeaban. Esquivando a los conocidos, caminando furiosamente, me sorprendí un par de veces deletreando su nombre: N-i-e-v-e-s, casi un suspiro, casi una bala saliendo de mi garganta. No tenía más que eso, seis letras, nueve números, una cita en la mayor estación de tren de España, invadida cada minuto por un batallón de personas anónimas que suben, reptan, descienden, llegan y se van. Mi desesperación fue creciendo como la ola de un Tsunami al acercarse a la costa. Hasta que sonó el teléfono.

Era un mensaje: *soy Nieves. Acabo de comprar el billete. ¿Irás a esperarme? El tren llega a las 13:10h.*

Leí y releí porque me costaba creerlo. ¿Creía que era Jaime, su antiguo amor, su buen amigo con el que había recorrido la Plaza de la Concordia y los Vosgos y visitado la casa de Víctor Hugo y qué se yo? No era posible, algo pasaba. Algo raro. Lo mejor era olvidarse del asunto, borrar el mensaje. Tirar el maldito teléfono, ¿qué solitario sigue conservando su teléfono, a qué se aferra? Pero no. Sentí que cruzaba una línea roja en ese momento, pero contesté:

Sí y luego agregué: por si te cuesta reconocerme después de tantos años, llevaré una bufanda negra. Le di a enviar y sostuve el teléfono en el hueco de las dos manos, como si fuera goma dos o material radioactivo. La pantalla se iluminó otra vez:

Sabes que te reconocería incluso de espaldas. Bufanda negra, jajaja. Ya pensaré algo para mí.

4

Avergonzado, no paraba de darle vueltas: bufanda negra, ¡qué patoso, aburrido y torpe soy! Me dejé caer en un banco, esperando un nuevo mensaje del tipo “no vuelvas a llamarme, impostor”. Pero al pasar los minutos, cada vez me notaba más relajado. Era increíble: estaba alegre. Me estiré todo lo que pude y respiré hondo, como si quisiera agotar el aire destemplado que se aferraba a mis bronquios. Regresé a casa sin prisa alguna, corrigiendo al andar mi postura de paréntesis, de flaco semicírculo. Quería erguirme, como una farola o una señal de tráfico, caminar con decisión, ser un cuchillo atravesando la ciudad de mantequilla, la quilla de un barco acorazado rompiendo el casquete de hielo.

Al pasar junto a un escaparate, se me ocurrió echar un vistazo al cristal limpio que espejeaba y la respuesta en forma de reflejo me golpeó en plena cara. Contemplé con horror mi aspecto desaliñado, los pómulos sobresaliendo por encima de las mejillas hundidas, la barba hirsuta y la ponzoña adherida en las sienes. Casi me faltaba una corona de espinas para parecer un Cristo apaleado, después de recibir los latigazos del despido, el encierro y la soledad. Poco le faltaría a Nieves para salir huyendo.

Así que crucé la calle hasta el supermercado y me acerqué a la sección de perfumería. Mi desaliño, mi olor apenas disimulado por las fragancias de jabones y colonias, eran un contraste atonal, una mosca encima de la pantalla blanca. La cajera miró la compra sobre la cinta transportadora y me pareció que murmuraba entre dientes: “bendita la falta que te hace.”

Frente al espejo, mientras me afeitaba, algo había cambiado y poco a poco mi rostro se fue llenando de luz. La piel pálida, opaca y mortecina, emergía

entre la espesura. Los días siguientes los dediqué a limpiar mi jaula, saqué las bolsas de basura que se apilaban en el balcón interior, algunas hediondas, hice cinco comidas al día para matizar en lo posible mi aspecto carcelario, fui al banco, extraje lo que quedaba del subsidio de ese mes, compré el billete de tren, miré cien veces la pantalla del teléfono, sin preocuparme el hecho de que Nieves no volviese a contactar conmigo y el sábado, muy temprano, me dirigí a la estación.

Después de franquear el puesto de control de billetes, una escalera mecánica me condujo hacia el andén. El tren comenzó a doblar perezoso la curva de la estación y redujo la velocidad con un chirrido. Las puertas se abrieron y busqué con el billete en la mano el número de asiento.

Hacía mucho que no viajaba en tren. A través del compartimento superior, que era de cristal, podía observar la coronilla y las manos de los pasajeros que había delante de mí, y estos a su vez podían verme a mí también. Una chica vestida con una camiseta roja muy ceñida movía las manos como si acabara de pintarse las uñas e hiciera el gesto de secarlas. Una señora viajaba con un pequeño perro en brazos. Cuando la azafata nos dió las últimas recomendaciones y el tren tomó velocidad, el animal comenzó a ladrar.

El paisaje era monótono, como si repitieran en la ventana la misma fotografía, el mismo delgado pañuelo de tierra, el mismo cielo aplastándolo todo. Di una cabezada, hasta que me despertó la azafata anunciando mi parada: Madrid-Atocha. Se abrieron las puertas y bajé.

Después de tantos meses en soledad, el impacto fue mayor de lo esperado. Me agaché para no marearme, porque entí una opresión en el pecho, angustiado al poner el pie en aquella jungla, con su vegetación cerrada de cemento y sus millones de seres y máquinas oscilantes. Al levantarme noté como me temblaban las piernas. Me limpié el sudor de la frente y avancé hacia las escaleras mecánicas. Un monitor marcaba los horarios y las salidas más próximas. Miré el reloj: no eran ni las diez. Todavía faltaba mucho para que llegara Nieves.

Dos personas que tropiezan por azar y se aman desde ese instante. Parece una utopía romántica, una fantasía para adolescentes y adultos ingenuos. Casi da vergüenza admitirlo. Pero a nosotros nos pasó y quizá deberíamos desterrar del mundo de los sentimientos la palabra imposible, reservarla a ciertas parcelas de la física o las ciencias naturales: imposible es viajar atrás en el tiempo, que la luz escape de un agujero negro pero no que dos miradas desconocidas se crucen, se insistan y a través de un hilo invisible se atraigan.

Para hacer hora salí al exterior y anduve por los alrededores, no hay mucho que contar al respecto. El día era frío, pero estaba despejado y no hacía

viento. La combinación de la luz rasante y el humo de los coches ejercían un suave difuminado sobre los edificios de corte clasicista, que se asemejaban a una delicada acuarela. A la una menos cuarto regresé a la estación. Atravesé el hall, escrutando los monitores para saber el andén en el que llegaba su tren. Había sido incapaz de hacerme una imagen siquiera aproximada del aspecto de Nieves y cuando la pantalla comenzó a parpadear, avisando de la entrada del tren procedente de Irún y Zaragoza, me puse a mirar a todas las mujeres de entre treinta y cuarenta que subían por la escalera mecánica. Lo peor vino cuando inconscientemente me desabotoné el primer botón de la camisa y al palpar el cuello desnudo, recordé que la única pista que había dejado a Nieves para reconocerse era una bufanda negra, circunstancia que había olvidado por completo. El pánico se apoderó de mí.

Encontré un pañuelo negro que colgaba de un banco. No me detuve a examinarlo, simplemente, como un depredador hambriento o un vulgar carterista, lo agarré con mis zarpas y me dirigí a la escalera por donde subía el pasaje del tren que venía de Irún y Zaragoza.

Fijé la mirada en una mujer que acababa de subir y parecía escrutar entre la gente. Supuse, por pura intuición, que se trataba de Nieves, así que le mostré el pañuelo, haciendo aspavientos para llamar su atención. Es una pena que nunca haya aprendido a silbar. El caso es que reparó en mí, se detuvo en el pedazo de tela negro que agitaba como un náufrago y dijo algo, la vi mover los labios, pero no recuerdo nada más. Solo que fue justo cuando caí al suelo.

Mi cabeza impactó en el piso como una manzana caída del árbol y al tratar de levantarme sentí la presión de una bota en mi cara, y por un ángulo, divisé unas manos tirando del pañuelo, que todavía tenía fuertemente asido.

— ¿Es esto tuyo, payaso?

Resoplé, incapaz de contestar. Otra voz añadió con cierta urgencia:

—Vámonos, que llega el de seguridad.

Desde mi posición noté el suelo vibrar otra vez. Enseguida fui alzado en el aire y colocado en posición vertical, como una pieza de ajedrez derribada y devuelta al margen del tablero.

— ¿Qué tal se encuentra? Si quiere poner una denuncia, está todo grabado.

Negué moviendo la cabeza. Me había mordido el labio al caer, notaba la acidez de la sangre en la boca. Si la mujer que había contemplado como me dejaban fuera de combate y me espachurraban la cara como a una vulgar colilla era Nieves y después de presenciar el espectáculo había huido con mucha razón o si la verdadera Nieves seguía buscándome por todo el hall de la estación, pensé que nunca lo sabría. Hasta que el vigilante comenzó a hablar otra vez, pero ya no

se dirigía a mí:

— ¿Le conoce?

Una voz femenina, que identifiqué al instante, a pesar de la distorsión fantasmagórica que impuso el teléfono a nuestra primera y única conversación, respondió:

—Sí, me estaba esperando.

5

Moví despacio la cabeza en su dirección, con la misma cautela y ansiedad con la que un cazador mueve el cañón de su arma oteando el horizonte. Una mujer de treinta y pocos años, con una larga melena castaña con filetes dorados, arrebujaada en un grueso chaquetón de color beige, me examinaba con detenimiento mientras seguía hablando con el vigilante. Tenía los ojos de un marrón espeso, achocolatado. Calibraba el siguiente paso, seguro. En ese momento me sentí como el acróbata que se dispone a cruzar un cable en tensión dispuesto entre dos rascacielos, sin red que amortigüe el golpe si tropieza. Sentí el mismo hueco en el estómago, la misma excitación fuera de control. Sin embargo, el primer paso lo dio ella. Se desembarazó del vigilante, me rodeó con sus brazos y noté su cuerpo menudo bajo el abrigo, el instante que duró el abrazo, luego clavé mi mirada en sus ojos al apartarse, y no pude discernir si disimulaba o no. Sacó un pañuelo y me ayudó a limpiarme el labio.

La actitud de Nieves era cariñosa. Ahora lo pienso y me parece inconcebible. Quizá el incidente en la estación, mi pómulo ligeramente inflamado y la sangre del labio, facilitaron el primer acercamiento. En ese momento Nieves estaba dominada por su instinto maternal y yo era ese ser desvalido y por tanto protegible que despierta, como un niño dormido, el enternecimiento en las personas sensibles. Conversamos mucho rato, pero soy incapaz de recordar nada concreto, tan sólo su risa incontenible, que trataba de apaciguar tapándose la boca y parte de la nariz, al contarle la historia del robo.

—Pero hombre, no hacía falta, ¡si tengo tú número de teléfono!

Dicen que las personas enamoradas pueden charlar interminablemente sin tener nada que decir. Les mueve el simple afán de comunicación, como si la charla banal fuera una suerte de beso invisible. He vuelto a mencionar la palabra

amor. Insisto, todos sabemos que puede surgir súbitamente. Es una especie de hechizo. ¿Cómo si no explicar la ausencia de preguntas? ¿Cómo explicar que en nuestra conversación ya no estuviéramos interpretando el papel de engañador y víctima fingida, sino el de dos personas que se descubren y sienten crecer dentro de sí un irrefrenable deseo de posesión?

Un taxi nos llevó al hotel. Nieves había reservado una habitación doble. ¿Qué había sido el verdadero Jaime para ella? Pensé en ese amor de juventud que deja una huella imborrable, a pesar del paso de los años. Quizá Jaime había sido para Nieves lo que aquella chica de Córdoba fue para mí. De ella conservo una apasionada carta, donde vertió inocentemente unas gotas de perfume, un colgante con la efigie del Ché Guevara que nunca me puse, una pluma que simbolizaba un sueño y un verso de Jim Morrison garabateado en el margen. Si sabía que todo era una farsa, estaba dando un paso demasiado atrevido. Viajar desde Irún para encontrarse con un impostor, que a la postre era un desconocido, ¿qué clase de perturbado se arroja al vacío así, sin paracaídas? Pero, ¿a quién no le gustaría dejar de ser quién es, por unas horas o días, incluso para siempre, adueñarse de la vida de otra persona, ser otro con todas las consecuencias? No hablo de un disfraz de carnaval, ni de un simulacro. Hablo de un verdadero intercambio. Nieves y yo traspasamos el umbral. Yo era Jaime, su antiguo amor, o amigo, o qué se yo. Ella fingía que yo era el verdadero Jaime y por tanto también interpretaba. Incluso por un momento, pensé que ella no era la verdadera Nieves; la verdadera Nieves era su madre o su abuela, la titular de la línea telefónica, una anciana que se había equivocado al marcar y la mujer que tenía al lado era otra impostora, una persona tan desesperada y sola como yo, viviendo otra vida, arrojando los dados sobre el tapete, jugándose todo con un desconocido. Sin ningún temor, porque me había visto derribado, porque mi aspecto era el de un hombre que necesita auxilio, que necesita que lo abracen y lo besen y lo estimen como alguien, no como algo.

Cuando saqué de la cartera el DNI, Nieves hizo un movimiento marcial a la derecha y avanzó unos pasos, deteniéndose frente a una pequeña pecera que decoraba el vestíbulo, donde burbujeaba solitario un pez payaso. Golpeó el cristal con el dedo y luego se volvió hacia mí sonriendo.

Subimos a la habitación: suelo enmoquetado, un gran armario con espejo, ducha con columna de hidromasaje y dos mullidas camas separadas por una mesita. Así que tenía sus reservas, era una jugadora prudente. Nieves comenzó a deshacer la maleta y yo me encaminé al baño, para examinarme frente al espejo. La inflamación comenzaba a remitir y la herida del labio era un simple rasguño. Cuando salí del baño, exclamó:

— ¿Qué, nos vamos? No me digas que no te mueres de hambre.

Atravesó el pasillo por delante de mí. Me fijé en sus piernas, muy delgadas y en el chaquetón, que le venía un poco holgado, la melena oscilante, como la primera vez que la había visto en la estación. Me dieron ganas de pasarle la mano por la espalda, como hacen las parejas ennoviadas, un gesto entre cariñoso y protector. Me contuve, pero algo debió notar, algún tipo de energía o influjo, porque se dio la vuelta y me sonrió. Entendí el verso de Quevedo que dice que el amor es hielo abrasador. Me quemó, pero al mismo tiempo me dejó paralizado por el miedo. Estaba contento, fortalecido, apenas afectado por el KO que me habían propinado en la estación, pero vivía todo aquello con cierto padecimiento, como si me hubieran inoculado un extraño virus y comenzaran a aparecer los síntomas de una enfermedad incurable.

Estuvimos tomando unas cervezas, picoteando, recorriendo las calles llenas de tiendas, deteniéndonos a escuchar a los músicos callejeros, hablando de nuestros gustos, reflexionando sobre lo divino y lo humano. Extrañamente, ni una referencia al pasado, ni una mención a nuestras identidades fingidas. Ni siquiera una palabra que aludiera al futuro, a los proyectos que quitan el sueño, a lo que se anhela por tener y nunca se consigue. Solo presente, lleno, redondo. Momento preciso, aquí y ahora. Qué hermoso fue vivir así, recién paridos, aprisionados en un anillo de humo. El presente está infravalorado; incluso hay quién niega su existencia, un movimiento de los párpados y ya es pasado. El presente se consume sin darse uno cuenta, dicen, moviendo la cabeza, mientras lamentan lo que no hicieron y suspiran por lo que harán. Pero aquellos días aprendí a disfrutar del momento, porque dentro de mi nueva identidad no había pasado, ni se podía imaginar ningún futuro: era solo instante. Un pasado de horas y minutos. Como nacer adulto, ya sabiendo, con un bagaje y empezar desde ahí, en ese punto que nos hace afirmar: si fuera otra vez joven y supiera lo que se. Y poco a poco llegó la proximidad, el contacto físico, que anhelé desde el primer momento. Al principio con cierta distancia, al roce de una pierna o el contacto de una mano le seguía un discreto movimiento de retirada, pero la familiaridad fue erosionando poco a poco estas reticencias.

Al final de la tarde nos adentramos en un pub semidesierto, con un cartel luminoso que apuntaba con una mano enguantada a la puerta. El lugar estaba casi en penumbra. En una pizarra, alguien había escrito con una intrincada caligrafía:

Nada destruye más a un hombre que vivir del pasado renunciando a seguir nuevos caminos.

Nos sentamos. El suelo brillaba recién fregado. La música era apenas audible a través de los altavoces. Una discreta camarera dejó caer sobre la mesa

dos posavasos y puso encima dos pintas de cerveza, cuya espuma emergió desde el fondo del vaso formando un anillo de crema. Era un ambiente idóneo para las confesiones. Me decidí a rasgar la última capa que nos separaba y materialicé una caricia, apartándole el pelo para poder seguir conversando con sus ojos. Porque el ojo es una ventana abierta, desvela los secretos, tanto que para la mayoría de la gente es difícil mantener la mirada. Uno se siente tan vulnerable como vulnerado; los ojos son la antesala del pensamiento y yo me quedé contemplando los suyos ensimismado hasta encontrarme con una superficie cristalina, quieta y algo temblorosa. Una charca donde mojar los labios.

Sin pensarlo se avino un beso, un corto beso de aprobación para sellar el acuerdo que nos convertía en dos personas de nuevo cuño, recién moldeadas por la casualidad, atraídas por una combinación de fuerzas inexplicables, porque al mirarnos nos entendimos. Después nos separamos otra vez, sin decir nada más. Regresó el silencio, como una niebla que se resiste a disiparse, cuando de repente una voz desconocida me golpeó por la espalda, y un sujeto, moreno, alto y corpulento, apareció en escena:

—Nieves, ¿eres tú? ¡No me lo puedo creer!

Tenía el pelo rizado, una barba recortada con geométrica precisión y ojos de hiena. Nieves se volvió y observó al hombre que acababa de irrumpir, parecía que con toda intención, entre nosotros. Se dieron los dos besos protocolarios y el individuo, sin prestarme mayor atención alargó su mano hacia mí:

—Soy Carlos.

Y se sentó en nuestra mesa, por lo que tuve que hacerme a un lado. De una forma un tanto ridícula, quedé aprisionado entre la pared y su espalda.

— ¿Es tu marido? —Al negar Nieves con la cabeza me miró de arriba abajo— Ya suponía yo que no.

Mientras parloteaba sin cesar, el tal Carlos iba ganando terreno abriéndose paso con los codos y apretándome contra la pared cada vez más, aprovechando su mayor corpulencia. Durante un momento temí que fuera a echarme de la silla y que toda mi alegría, la renacida seguridad en mí mismo, estallara como un globo.

—Esta noche celebro una fiesta en mi casa, puedes venir con tu amigo. Dame una perdida cuando llegues, porque no funciona el portero automático.

6

Estaba desolado. Pero parecía que a Nieves le agradaba la idea y yo era incapaz de resistirme. Temí que en aquella fiesta alguien pudiera desenmascáramos, pero asumí seguir la partida con las cartas que me habían tocado. Compramos unas cervezas y llegamos a la puerta de un viejo edificio en el barrio de la Latina. Nieves llamó y enseguida se abrió un balcón del segundo piso. Carlos arrojó una llave por la ventana y abrimos.

Por el hueco de la escalera se oían risas, una mezcla de voces femeninas y masculinas y música. La puerta estaba abierta y entramos. Carlos recogió nuestras chaquetas y accedimos a un saloncito. Allí había un grupo de unas ocho o nueve personas. Algunos estaban sentados alrededor de una mesa, donde se disponían botellas de vino, latas de cerveza vacías estranguladas por el centro, platos de plástico con queso sudoroso, embutido y anchoas empaladas sobre un lecho de pasta blanca, patatas fritas donde yacían rezumando perejil boquerones en vinagre, un cuenco con guacamole erizado de nachos (nunca falta lo multicultural) y ceniceros colmados de cigarrillos de contrabando, boquillas amarillentas de tabaco de liar o de algún porro. Al fondo un chico le explicaba algo a otro sosteniendo un libro entre las manos, que abría y señalaba con el dedo índice. Me fijé en su prominente barriga, que desbordaba los límites de la camisa y sus manos carnosas sobre el libro. No es lo más común, un libro en una fiesta. Deduje que aquella gente eran intelectuales, profesores o artistas.

En un pub el tímido se siente en cierto modo protegido. La música impide hablar y por tanto ser escuchado con claridad. La luz tenue ayuda a no ser visto o en cualquier caso, a no ser recordado si se es visto al día siguiente. El alcohol, por último, hace esa labor de esfumado, aligerando las aristas. Sí, un bar es un buen refugio. Pero llegar así, a una fiesta, entrar en el salón de una casa.

Sentir el crujido de ocho o diez cuellos en torno tuyo, las órbitas de unos cuantos pares de ojos girando alrededor como un sputnik y los carraspeos, las toses, una risa esbozada con o sin intención, que escuece, amedrenta. ¿Qué hacer? ¿Con quién hablar? ¿Dónde dirigirse? Cuando Carlos cogió a Nieves de la mano y se la llevó, sentí que me dejaban expuesto frente a la manada. Pero los lobos de aquella fiesta eran apacibles, parecían más bien inocentes corderos y siguieron rumiando a lo suyo, ignorándome y lo que de verdad me produjo alivio, sin violentarse por mi presencia.

Una vez en la arena, pero sin gladiador ni leones por ningún sitio, no sabía bien donde ubicarme. Pregunté por el baño y atravesé el pasillo a tientas, porque no encontré la luz. Una vez allí, empujé la puerta y me apoyé en el lavabo, resoplando. Me eché un poco de agua fría en la cara y en la nuca. Examiné el minúsculo lavabo de color salmón y el espejo con los bordes picados, el cepillo de dientes desgastado, que parecía abandonado por algún dueño anterior, la pastilla de jabón adherida como un mejillón junto al grifo. Un paisaje típico en los pisos compartidos, el baño siempre es lo último que reforman los caseros ávidos de renta fresca. El caso es que esta imagen de abandono me reconfortó. Me sequé las manos en la toalla de gimnasio que colgaba como un harapo de un gancho adhesivo, supongo que preparada para la ocasión, cuando la puerta se abrió de repente y entró una chica, que se dirigió con paso firme a la taza, se bajó los pantalones y comenzó a orinar.

Parecía que no le importara lo más mínimo mi presencia. ¿Seré invisible?, pensé. ¿Será esto un sueño? Eso era, seguro. El teléfono nunca había sonado, no estaba en Madrid, era mi mente desahuciada. Un escape de gas, quizá. Los efectos del monóxido de carbono. Sin embargo, la chica levantó la cabeza y me miró. El caudal de orina se oía con nitidez. Al acabar, sin levantarse de la taza, me espetó:

— ¿Quién eres tú?

Tartamudeé sin ser capaz de hilar dos palabras.

—Déjalo, da igual.

Se subió los pantalones y tiró de la cadena. Luego se acercó al lavabo.

—Con permiso. Ya sé que los hombres nunca os laváis las manos después, pero es conveniente. Ni te imaginas la cantidad de gérmenes que hay en un sitio como este.

De manera inconsciente le acerqué la toalla para que se secase. La miró, haciendo el gesto de dar una arcada y sacudió las manos.

—Paso, voy a la cocina. Allí habrá servilletas de papel. Te veo después.

Me quedé dentro del baño, como si se me hubiera aparecido el mismo diablo, temiendo salir. Al rato tocaron a la puerta. Era Carlos.

—Jaime, ¿te pasa algo?

—No—carraspeé—es solo que estaba un poco mareado.

Mi anfitrión empujó la puerta y como la chica anterior, se dirigió a la taza. Levantó la tapa y se bajó la cremallera. Durante una fracción de segundo, antes de volver la cabeza, vi su miembro lánguido asomando por la bragueta. En aquella fiesta nadie parecía tener sentido del pudor.

— ¿Te piensas quedar aquí toda la noche? Como te descuides te quedas sin novia.

Esto último lo dijo carcajeándose. Al notar mi mirada de terror, me golpeó amigablemente en la espalda.

—No te preocupes, hombre, que era coña. Nieves y yo somos viejos amigos, pero nunca hemos cruzado la línea.

Después me cogió del brazo y me condujo al salón. Un tímido es como un ciego. Necesita un perro lazarillo que le guíe, que le ayude a abrir las puertas y se interponga entre él y el bordillo. Carlos me introdujo en un grupo, donde Nieves se había aclimatado perfectamente y asentía atenta a las conversaciones, interviniendo con soltura. Aunque hoy día las parejas se buscan afines, no está mal cierta dosis de contrapunto. Me senté en el hueco libre del sofá, estábamos bastante estrechos y notaba su cuerpo caliente. Parecía complacida por mi presencia y de vez en cuando posaba una mano sobre mi muslo. Yo la miraba sobre todo a ella, ignorando al resto. Su barbilla se deslizaba hacia delante. Me concentré en los movimientos de su boca al hablar, en sus pupilas atentas que asentían chispeantes. Sentí deseos de besarla. Los pechos menudos subían y bajaban al reírse. Observe sus manos, las venas se destacaban sobre la piel pálida como si fueran tallos verdes que pudieran florecer en la yema de sus dedos. De improviso, una mano se interpuso entre Nieves y yo, sosteniendo una cerveza:

—Toma. Bebe, a ver si se te suelta la lengua.

Me dirigí alucinado a la mano que me ofrecía la cerveza y después miré a Nieves, pero ella parecía no haber oído nada y asentía, bastante interesada en lo que el gordo del libro estaba diciendo.

— ¿Qué pasa, la coges o no? Estabas más atento en el baño, allí no perdías detalle.

Me dirigí otra vez a Nieves, que seguía a lo suyo. Parecía que la escena solo estuviera ocurriendo en mi cabeza, que la chica del baño fuera una alucinación, la primera manifestación de una enfermedad mental larvada, que la paliza en el metro y la situación de estrés derivada de suplantar a un desconocido, habían hecho manifestarse. Este pensamiento me pareció tan verosímil que le dije:

—En realidad, no existes.

—Eres muy gracioso, ¿quién te has creído, Sartre? Claro que existo. ¿Cuánto llevas sin ver a una mujer bajarse los pantalones? Parecías aterrorizado, pobrecito.

Demasiado texto para una alucinación. Me pasó la mano por la cabeza con gesto maternal y miré por enésima vez a Nieves, que discutía acaloradamente con el gordo del libro. La chica del baño permanecía a mi lado, sonriente. Como en los videojuegos, imaginé dos flechas doradas encima de su cabeza. Dos opciones: coge esa cerveza y pulsa aquí para continuar o regresa al sofá y convence a Nieves para volver al hotel.

—Acepto esa cerveza.

Se aproximó con la intención de sentarse en el brazo del sofá. Me levanté antes y ella me agarró suavemente del hombro, susurrándome su nombre al oído: Nuria. Luego me apretó el brazo y siguió hablando. Al escucharla me sentía como si estuviese debajo del agua. Sabía que no debía seguirle el juego, pero cada vez que me cogía de la mano, o posaba el dedo suavemente en mi pecho, notaba como iba tirando del sedal. Y al final del hilo, fuertemente enganchado de su anzuelo, sin saber si debatirse para liberarme o dejarse pescar, estaba yo.

Nos acercamos a la cocina a por otra cerveza. Al buscar en el congelador, donde alguien nos había asegurado que quedaban unas pocas latas, el pantalón se le deslizó lo suficiente como para dejar entrever el encaje semitransparente del tanga.

—Solo queda una—me dijo.

Y la abrió, recostándose en la nevera y mirándome mientras bebía un largo trago.

—¿Qué es esto, una fiesta privada?

Carlos pasó delante de nosotros y se puso a rebuscar en los muebles.

—Vosotros como si yo no estuviera. ¿Se te ha pasado el mareo, Jaime?

—Sí, creo que sí—contesté.

—Pues te garantizo que volverá si sigues por este camino. ¿Tú qué opinas, Nuria?

—Opino que te largues.

Carlos encontró por fin lo que buscaba, una pequeña botella con un líquido verdoso y sacó tres vasos pequeños.

—Ahora vamos a brindar y después me voy —abrió la botella y vertió una pequeña cantidad en los vasos— a buscar a Nieves, ya que estás tan ocupado. No te veo con pinta de poder con dos.

Esto último lo dijo dándome un golpe en el pecho que casi me tira al suelo. La hostilidad crecía en el ambiente. Carlos se acercó el vaso a los labios y nos miró por encima.

—Vamos, ¿qué os pasa?

—Yo me voy

Nuria se dio la vuelta, deslizando un dedo por mi cara como si fuera una navaja, lanzó la lata de cerveza a Carlos, que la cogió al vuelo y salió de la cocina. Carlos bebió. Parecía francamente divertido.

—No te ofendas, pero lo he hecho por ti. Os he estado observando, conozco a Nuria y sé cómo las gasta. Nieves me ha preguntado qué dónde estabas y he decidido intervenir. A ninguna mujer le gusta que tonteen con su chico, algunas montan una escena, se tiran de los pelos o te ponen a caldo, pero Nieves, si no ha cambiado, es de las que silenciosamente observan y analizan y si lo cree conveniente espera que amaine el temporal y si no, se retira pacíficamente. Sí esto último pasa no esperes una segunda oportunidad.

—La verdad es que no sabía muy bien qué hacer.

—Mira, yo soy un hombre como tú. Y Nuria, te lo digo por experiencia, sabe cómo hacerlo.

Chocamos los vasos y bebimos.

— ¿Por qué lo has hecho? —pregunté intrigado.

—Porque aprecio mucho a Nieves. Ella me ayudó en una época de mi vida que prefiero no recordar. Tiene esa virtud. Es, cómo decirlo, una enfermera emocional.

—Psicóloga, quieres decir.

—Algo más. Es hablarle de tus problemas y ya te sientes reconfortado, no pasa con todo el mundo. Supongo que es un don. Además, no te juzga, nunca, ni te despacha con consejos enlatados o te crea falsas expectativas. Tampoco busca aprovecharse de tu debilidad y no utiliza lo que le has contado contra ti. No te hace sentir avergonzado al día siguiente.

— ¿Estuvisteis juntos? —me atreví a preguntar.

Carlos volvió a llenar los vasos y me ofreció un cigarrillo, que rechacé.

—Ya te dije que no. No te voy a negar que al principio me atrajera, pero conectamos solo como amigos. Para mucha gente eso no es posible, pero a veces pasa. Si me preguntas si me atrajo físicamente, la respuesta es sí, claro, aunque ahora la he visto muy desmejorada, parece enferma. No llegamos a enamorarnos. Solo fue mi paño de lágrimas. Y mira que ella venía de pasarlo muy mal. Estuvo a punto de casarse con un tal Jaime, como tú. Qué coincidencia. Pero supongo que ya te lo habrá contado. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Me sentí bastante mal mintiendo a una persona que se mostraba ante mí, un completo desconocido, de una manera tan sincera y transparente.

—No mucho; en realidad, se puede decir que nos estamos conociendo.

Regresamos al salón y nos reunimos los tres. Estuvimos hablando largo rato. Observé a Nieves detenidamente, pero solo en una ocasión advertí que fruncía el ceño, cuando Nuria pasó a nuestro lado con el abrigo debajo del brazo en dirección a la calle, junto a otras dos chicas. Yo agaché la cabeza avergonzado. La fiesta languidecía. El licor que había tomado con Carlos en la cocina comenzó a hacer su efecto. Cuando nos fuimos de allí, apenas podía dar un paso detrás de otro. Nieves me agarró del brazo. Carlos paró, casi se abalanzó, sobre un taxi:

—Llévelos al hotel, amigo.

Y extendió para mi sorpresa un billete arrugado al taxista, que lo cogió con una carcajada. Luego dio un par de palmadas en el morro del coche, atizándole para que emprendiese la marcha, como si hubiéramos subido a un carruaje tirado por caballos.

7

Al llegar a la habitación, me dejé caer sobre la cama. Me zumbaban los oídos. Nieves sacó su neceser de la maleta y se fue al baño. Regresó con el pijama puesto y se metió en la cama. Contemplé su silueta bajo el edredón.

— ¿Por qué aceptaste venir a Madrid?

—Ya te lo dije, me trae buenos recuerdos. Estuve trabajando aquí durante un año.

—Así conociste a Carlos.

—Sí. Es un poco bruto, pero carece de malicia. En eso se parece a ti— entre la penumbra de la habitación percibí su mirada y su cuerpo rebulléndose

bajo las sábanas—. ¿Qué hiciste después, Jaime?

— ¿Después de qué?

Nieves se calló. Mi pregunta era un torpedo, una patada que podía derribar el escenario sobre el que transcurría toda esta historia. Me di cuenta, así que elegí un punto concreto de mi vida y proseguí.

—Tenía algunas aspiraciones, no te voy a mentir, pero al dar un paso al frente me topé con la realidad. Un muro insalvable que jamás podría romper, ni siquiera saltar. Y para no hacerme más daño, lo dejé. Me dolió al principio, pero conseguí eliminar una fuente de frustración de mi vida y no ser tan infeliz. Bueno, al menos durante un tiempo. La verdad es que nunca he conseguido llenar del todo ese vacío. Busqué trabajo, algo seguro. Algo fácil. Aspiraba a ser un autómatas, una modesta pieza de un engranaje. Sin personalidad, sustituible. Así podría encajar sin equivocarme. Y lo conseguí, hasta que se vino todo abajo. Los años han pasado para mí como las páginas de una revista, raudas, apenas leídas. Apenas vividos. No tengo nada, todo lo que he conseguido es etéreo. Los fantasmas existen, pero no en una dimensión aparte. No en las entretelas de los átomos o en universos paralelos. Están aquí, yo soy uno de ellos. Sin nada que hacer, salvo subsistir. Sin nadie a quien querer, ni siquiera odiar. Si acaso sentir envidia, pero, ¿de qué?

Se hizo un silencio, tan denso, que pensé nos aplastaría. Pero lo peor fue aquella sensación de no haber dicho toda la verdad, más allá de mi identidad fingida, porque todavía sentía deseos de intentarlo, de saltar el muro o derribarlo aunque fuera a cabezazos. Estoy seguro que Nieves detectó esa urgencia por vivir, por enderezar el rumbo. Los hombres no nos dejamos caer al borde del camino, nos resistimos a morir. No bajamos los brazos, queremos atravesar otra montaña, surcar otro valle, vadear otro río. Mis palabras tenían ese barniz que impone la soledad impuesta, el ecuador de la vida, la desilusión. De aparente apatía. Pero ella supo mirar a través de todos esos flagelos que dirigía contra mí mismo, me acogió como un pájaro caído del nido. Un pájaro que a pesar de todo, deseaba volver a volar.

Nieves se dio la vuelta. Noté sus ojos brillando en la oscuridad frente a mí.

— ¿Sabes que estuve a punto de casarme?

Como seguí callado, prosiguió.

—Después de tantos años juntos, parecía inevitable. Nos conocimos muy jóvenes, al comenzar el instituto. Teníamos el mismo grupo de amigos, parejas asentadas desde la adolescencia y en cuanto crecimos los temas de conversación derivaron invariablemente hacia ese futuro cerrado y asfixiante. Promociones inmobiliarias, hipoteca joven y electrodomésticos pagados a plazos. También la

vida de otras parejas, su intimidad, sus infidelidades, sus miserias. Parecía que nos reconfortaba escharbar en la basura de los demás y yo no me sentía especialmente cómoda en ese ambiente, pero por mimetismo, por la propia capacidad humana de adaptación, me dejé atrapar.

—Te entiendo.

—Como te decía, sin darme cuenta, como la rana que es arrojada al caldero y no siente que lentamente está siendo cocinada, esa dinámica me fue absorbiendo, anestesiándome. Dejé de hacer las cosas que me gustaban, leía lo que ellos, veía las películas que todos. Si se acercaba un puente, era obligatorio planear la escapada romántica. Los domingos, al cine. Los sábados por la mañana, a jugar al tenis. Pura rutina, sin magia, sin imprevistos. Cada movimiento, cada fragmento, una cámara se encargaba de registrarlo. Fotografías que luego nunca mirábamos. Cuánto más tiempo pasábamos juntos, menos me parecía conocerlo. Hasta que un día intenté romper esa coraza de hastío y me presenté en su trabajo, sin avisar.

Nieves hizo una pausa para tragar saliva. Estaba quieta, con la vista clavada en el techo y las manos cruzadas, como una estatua mortuoria. Trataba de taponar la herida que todavía sangraba. Con voz fría, monocorde, prosiguió:

—Se enojó muchísimo. Fue el primer aviso. Algo se manifestó en su personalidad, que me había pasado inadvertido por completo. A pesar de todo, fue él quien me pidió matrimonio. Todo muy premeditado, en París, al pie de la escalinata del Sagrado Corazón. Dudé, pero no fui capaz de verbalizarlo, era más un palpito, una premonición, sin base sólida donde poder asirme. Ni siquiera me atreví a pedirle más tiempo. Simplemente acepté, como todas. Esa noche hicimos el amor con los anillos puestos y a la mañana siguiente me levanté con una sensación difícil de describir. Lo que es seguro es que no estaba feliz, ni alegre. Y por supuesto él lo notó y me lo dijo. Se lo negué, claro, porque no podía explicarlo, era un sentimiento, nada que hubiera razonado detenidamente. Mi mutismo le hizo enfadarse más. Comenzó a descargar sobre mí frases cada vez más punzantes. La tormenta se convirtió pronto en un huracán. Aunque trataba de no responder, para no provocarle, él seguía atacándome. Las palabras más lacerantes iban dirigidas a mí, pero también a mis padres, a mis amigos íntimos, que ya casi no veía. Comenzó a revivir momentos pasados, traspies que habíamos tenido y que para mí en su día carecieron de importancia, pero él los resucitaba y paseaba delante de mi cara como si fueran muertos vivientes, como si fueran crímenes sin posibilidad de redención. Los dos días restantes en París fueron un infierno. En la subida a la torre Eiffel llegó a amenazarme con arrojarse al vacío. Comencé a sentirme abrumada y muy culpable. La mañana que cogíamos el avión de regreso amanecí con fiebre muy alta. Este nuevo

contratiempo le puso fuera de sí. Me dijo que fingía, que quería amargarle la vida, me hizo vestirme, a pesar de que casi no podía sostenerme en pie, y me llevó cogida del brazo, lívida, hasta la puerta de embarque. En el avión todo comenzó a darme vueltas. Vomité y me desmayé. El personal de vuelo se alarmó, pero él les explicó que tenía miedo a volar y que se me pasaría. Al llegar a casa pidió un taxi solo para mí y el camino de vuelta lo hice sola. Fue como una pesadilla, la luz de las farolas se disolvía contra la lluvia del cristal, la cabeza me pesaba como el plomo y apenas podía sostener el cuello recto. El taxista tenía la radio encendida, creo que transmitían un partido de fútbol. Sólo reparó en mi estado al final.

Así que París. Maldito Jaime.

Nieves sollozó, cada vez más fuerte. Lloraba como un pobre animal herido atrapado en un cepo. Me incorporé de la cama, conteniendo las náuseas. Luego me acerqué hacia donde estaba y le acaricié la mejilla. Noté la piel ardiendo y el surco salado que bajaba hasta sus labios. Súbitamente se volvió y me abrazó.

—Me alegro de que estés aquí conmigo.

8

Amanecemos ovillados el uno al otro. Al abrir los ojos noté el martillo de la resaca golpeando sin piedad el yunque de mi cabeza. Me desasí de Nieves, y en la operación acabé despertándola. Vi dibujarse una sonrisa en su cara de sueño.

— ¿Cómo estás?

—Mejor que nunca.

Mentí y no. Un poco de luz entraba a través de la espesa cortina, que no llegaba a cerrarse del todo. Nos quedamos mirando un largo rato, sin decir palabra. Fijé la atención en mi imagen reflejada en sus pupilas, que brillaban como luciérnagas. Sus dedos fueron recorriéndome el cuello. Tenía las manos muy frías. Di un respingo, luego me acerqué y la besé. Aprisioné su labio inferior entre los míos, noté su tacto carnosos, húmedo y caliente. Todavía hoy, si cierro los ojos puedo revivir aquel momento con inquietante exactitud. Nos besamos despacio, casi explorándonos.

Recuerdo la habitación en penumbra y el rayo de luz que atravesaba el hueco entre las dos cortinas, amarilleando una porción de pared, parte de la cama y la boca de Nieves, abierta como la flor de un crisantemo. Parece que aquellos besos quedaron de alguna manera fijados, impresos, preservados en el interior de mi boca. Que mis papilas gustativas los envolvieron haciéndolos incorruptibles. Es el único recuerdo de mi vida que puedo revivir con los cinco sentidos. Si pienso mucho rato en Nieves se me eriza la piel, porque siento la presencia de sus dedos palpándome; inhalo su perfume, que parece flotar en el aire y noto el tacto de su pelo, que aquella mañana resbalaba como el agua de una catarata al tocarlo. Escucho, como un arrullo, su respiración intercalada entre el chasquido de nuestros labios al besarse.

Al bajar a la calle, aunque el cielo estaba despejado, noté el viento gélido en plena cara. Nieves se subió la bufanda hasta taparse la nariz y la boca. Sólo quedaban al descubierto sus ojillos chispeantes. Al cruzar la cogí de la mano y ya no nos soltamos. Los grandes edificios de granito, los lujosos hoteles y la exigua acera de la avenida por donde bajábamos, me parecieron un decorado de cartón piedra, un recipiente falso, ideado para contenernos en el anonimato.

En la puerta del Museo del Prado había una larga cola, porque era domingo. Esperando nuestro turno, volví a sentir que ya no representábamos el papel de suplantador y engañada. Éramos dos personas que acababan de conocerse y que, gracias a un pasado inventado, podían vivir con naturalidad una desconcertante intimidad, una complicidad que normalmente tarda mucho tiempo en fraguarse.

En el interior del museo, la multitud se arremolinaba alrededor de las obras más célebres, que estaban estratégicamente dispuestas. Nos detuvimos frente a Las Meninas.

—Este es uno de mis favoritos. Sé que no soy nada original, pero es imposible contemplarlo y permanecer impassible. Y tampoco creo que una obra así pierda interés por ser popular. En esto no soy nada esnob.

—A mí también me gusta —pude decir.

Se acercó para observar más de cerca, balanceándose, sin soltarme la mano. Luego se volvió hacia mí:

— ¿Qué es lo que te gusta de este cuadro?

Me sorprendió la pregunta, pero me decidí a abordarla como mejor pude:

—Pues todo, la técnica, la composición. La verdad es que no soy ningún experto, Nieves.

—Bueno, pero intenta sentir la obra, obsérvala bien. No serás un experto, pero sé que tienes sensibilidad y te fascina mirar, me he dado cuenta. Escrutas y llegas muy adentro cuando miras. Me pones la piel de gallina.

Me halagó tanto el cumplido que entorné los ojos y me concentré.

—Los límites.

—Sigue, creo que sé por dónde vas.

—Velázquez los rompe, los hace añicos. Uno puede sentir que penetra dentro del cuadro, puede palpar el espacio y dejarse envolver por él.

—Te refieres a la perspectiva.

—Eso es, no me salía la palabra. Es como si no hubiera cuadro.

—Creo que esto no eres el primero en percibirlo.

Nos quedamos un momento en silencio, tanteando a la pequeña infanta y al pintor, sintiendo las miradas de todos los personajes del cuadro y su luz envolviéndonos. Hasta que llegó un nutrido grupo de japoneses y nos expulsó casi a empujones.

Entonces me di la vuelta y vi una escultura negra, brillando, tendida de espaldas, desnuda, con la cabeza dormida apoyada en uno de los brazos, sobre un mullido colchón. La curva de la espalda se prolongaba hacia sus glúteos con sensualidad. Reconozco que aquella visión de lánguido abandono, de descarado reclamo, me excitó. Nieves me despertó de mi ensimismamiento con un codazo.

—Te estás poniendo colorado, ¿te gusta?

La atraje hacia mí, con cierta precipitación y ella comenzó a reírse.

—Ven, quiero que la veas por el otro lado.

—Prefiero imaginarme que eres tú. Me están dando ganas de tocarla.

Me agarró del brazo y giramos alrededor de la escultura. Era un ser frágil, que dormitaba, quizá bajo los efectos de un sueño placentero. Un seno redondo y bruñido como la bola de un cañón se descolgaba a un lado y al final del pubis, la sorpresa. Los testículos espachurraban su miembro, ligeramente inflamado, quizá por una excitación creciente, que lentamente iba descubriendo el glande. Comencé a sudar, estupefacto. Nieves se tapaba la boca para sofocar la risa.

— ¿Pero esto qué es?

—Esta escultura se llama el Hermafrodita. Cuenta la historia de la ninfa Sálmacis y el joven Hermafrodito. Este tenía fama de ser bastante guapo y una tarde que el muchacho se bañaba desnudo la ninfa, cautivada al contemplar su belleza, lo abrazó con tanta pasión que acabaron fundidos el uno al otro.

—Ya lo veo, podías habérmelo dicho antes.

— ¿Por qué? A mí también me excita.

Noté la picardía brillando en sus ojos como dos antorchas y comencé a sofocarme todavía más. Nos perdimos en un estrecho pasillo, que desembocaba en los baños. Me empujó y entramos a trompicones en uno de los departamentos. Me abalancé sobre ella como un lobo. Comencé a subirle la camisa, descubrí sus senos, pequeños y duros, que comencé a rodear con mi lengua. Ella me hizo subir, me besó retorciéndome la boca.

—Seguro que el Hermafrodita soñaba con nosotros.

Nos bajamos ligeramente el pantalón. Noté su pubis húmedo entre mis dedos y la mano fría de Nieves sobre mi pene humeante. Seguimos besándonos, mientras nuestras manos iniciaban un tórrido dueto, que comenzó lentamente, en un suave adagio y fue tornándose allegro, hasta que la cuerda tensa de sus cavidades tembló rompiéndose, Nieves gimió y entonces expulsé, presto, el magma contenido, manchando su mano que todavía se movía y la sinfonía acabó, lenta y solemne, en los últimos besos y las risas sofocadas, mientras nuestra respiración regresaba a su punto inicial de lenta cadencia imperceptible.

Mientras Nieves se subía el pantalón, radiante, me olí los dedos, las manos, la ropa, impregnada con su esencia. Como en la fábula, fundidos el uno con el otro en una metamorfosis.

El resto de la mañana seguí fascinado las explicaciones de Nieves a través de las diferentes salas. Según me dijo, había estudiado Historia del Arte y trabajado como guía durante años. La veía deslizarse, como una bailarina entre bambalinas, a través de aquellos lienzos cargados de significado e historia. Recuerdo que hablaba con una mezcla irresistible de conocimiento y pasión.

Entre tanta obra maestra uno se siente insignificante. Una absurda mota de polvo. Le conté a Nieves mi paso por la universidad, el doctorado que no me condujo a ningún sitio, las oposiciones frustradas, los dos años trabajando en la fábrica, la tentación de emigrar, los meses que había pasado creando mi propia jaula, hasta que ella había llamado para liberarme. Eso sí, los mimbres de nuestra ficción seguían en pie, curiosamente los dejábamos estar, como si fueran en realidad la estructura que sustentara todo aquello. En un doble fondo yacía aletargado nuestro antiguo yo, nuestra vida real cuya línea temporal se había quebrado por una sencilla llamada telefónica.

Fuimos a comer cerca del Parque del Retiro y luego nos adentramos en su interior. Acababa el invierno, la exuberante vegetación componía una sinfonía de verdes desvaídos. Algunos árboles iban mostrando las copas donde despuntaban los brotes, antesala de la primavera que ese año parecía no iba a hacerse de rogar y contrastaban contra el cielo azul de aquel día, que ya se iba tiñendo de amarillo. El agua verdosa del lago, levemente agitada, se iba haciendo cada vez más opaca conforme caía la tarde. Un grupo de patos surcaba como frágiles navíos la superficie del lago, dejando tras de sí una estela de agua removida.

Recorrimos el monumento a Alfonso XII. La luz del crepúsculo iba coloreando la piedra de amarillo, dándole un aspecto dorado de viejo fósil. Nos cautivó la luminiscencia ambarina que súbitamente fue apropiándose del mármol y nuestras sombras alargadas, sobre la irregularidad de los adoquines, como las manchas imprecisas de un tintero al derramarse. Nieves me cogió del brazo y se apretó contra mí. Tosía bastante, el atardecer agravaba su aspecto de ninfa, de arrebatadora belleza tísica. Me recorrió un escalofrío de placer y miedo al contemplarla. De repente, Nieves señaló una escultura. Era una sirena de bronce, sentada desnuda sobre una tortuga marina y tocando un arpa.

— ¿Te has fijado?

Entre los cuernos del arpa había varios candados. Cómo desconocía su significado, le pregunté a Nieves:

— ¿De verdad no lo sabes? Debes de ser el único. Es por un libro de un escritor italiano. Los protagonistas se prometen amor eterno y sellan su promesa

con un candado en una farola del puente Milvio, arrojando la llave al río. El problema es que la idea causó furor, miles de parejas quisieron imitarles y se puso en peligro la integridad del propio puente. Así que ahora está prohibido.

Quise ser divertido o irónico, algo que no se me da nada bien y le dije.

— ¿No esperarás que vaya a una ferretería a comprar un candado?

—Claro que no, son cosas de adolescentes.

Seguimos caminando un rato, en silencio.

—Oye. Estoy pensando que lo del candado no es nada original. Antes se hacía algo parecido.

La rodeé con el brazo y seguí hablando:

—Recuerdo un parque donde solíamos ir las parejas. Había una larga avenida de chopos o álamos, no sabría decirte. Su corteza era bastante endeble y cicatrizaba pronto. La costumbre consistía en hacer marcas con nuestros nombres y una fecha, que al principio eran invisibles, pero al cerrarse se oscurecían, destacando en el color claro de los árboles.

Nieves suspiró.

—Te voy a contar algo que oí a mi abuelo. A finales del s. XIX muchos campesinos vascos emigraron a Canadá y Estados Unidos. Algunos acabaron trabajando como pastores, guiando el ganado desde las tierras altas a las llanuras más fértiles. Durante meses caminaban por espesos e interminables bosques de hayas, álamos y abedules, casi siempre sin más compañía que los animales que pastoreaban. El caso es que solían realizar inscripciones en los troncos de los árboles, mensajes a otros pastores, invocaciones religiosas, recuerdos de la infancia o simples obscenidades. Supongo que era una manera de dejar constancia de su melancolía, de la añoranza del hogar o de su espantosa soledad. Al parecer miles de ellas se han conservado.

— ¿Tanto duran esas inscripciones? Parece que forma parte de la naturaleza humana dejar alguna señal, alguna marca de nuestro paso por el mundo, como las manos impresas en las cuevas hace miles de años. Quizá es una manera de refrendar nuestra existencia, de convencernos de que no somos ficciones o vivimos en un sueño.

—Creo que deberíamos buscar un álamo y grabar algo. Tampoco digo que tenga que ser el típico corazón atravesado por una flecha, pero sería bonito dejar aquí un recuerdo y que perdurara cien años.

Se quedó callada un instante, contemplando la sirena, cuya negra silueta se recortaba contra el sol de poniente.

—Está bien.

En poco tiempo dimos con el ejemplar adecuado. Con una piedra afilada fui tallando nuestras iniciales, separadas por una equis y la fecha. Nieves volvió

a reírse, me quitó la piedra y la arrojó con todas sus fuerzas hacia un estanque cercano. La piedra se hundió haciendo saltar la cáscara de hojas que flotaba sobre el agua.

Al salir del parque, nos detuvimos ante un músico que recogía su guitarra, amontonando las escasas monedas esparcidas en el maletín. Al vernos se detuvo y nos chistó:

—Esperad, pareja. Sé que no sois dos jovencitos, pero tengo una para vosotros, escuchad a ver si os gusta.

Templó la guitarra y con voz grave cantó:

*Si, para enamorarme
ahora, volverá a mí,
la maldita primavera
que sueño
sí, para enamorarme, basta una hora
pasa ligera, la maldita primavera
pasa ligera
me hace daño solo a mí.*

Después nos hizo una reverencia y guardó la guitarra. Nieves se acercó para pagarle y el músico la contuvo:

—Es un regalo.

Nos quedamos hablando con él un largo rato y cuando franqueábamos la puerta de salida, Nieves me dijo:

— ¿Crees que para enamorarse basta sólo una hora?

—Creo que basta mucho menos—le contesté.

Lo peor de la felicidad es su ligereza. Dura el instante de un rayo. Y siempre deja un poso turbio, de amargura, si recurriendo a la memoria intentas volver a degustarla. Así me siento pensando en aquella noche, que no volverá a repetirse. La luz artificial se había adueñado de las calles. Las motos pasaban silbando entre los coches. Los monumentos y edificios emblemáticos destacaban fantasmagóricos, como súbitas apariciones en mitad de un sueño. Caminábamos en silencio, nos envolvía la música de los coches rodando a toda velocidad, apresurándose ante los semáforos en ámbar, los leves remolinos de aire que dejaban a su paso, el intenso parpadeo de los intermitentes y las luces de freno. Contemplando la oscuridad que envolvía la ciudad, que brillaba como los últimos rescoldos de una lumbre, nos sentimos al borde de un abismo, en un espacio donde acababa el mundo.

Nieves me condujo por un pasadizo empedrado. Parecía que el Madrid de los Austrias se hubiera transformado en el Londres de Dickens o el París de Víctor Hugo. Faltaba la aparición de una niebla fantasmagórica, de alguna figura misteriosa recortada en la oscuridad, tan solo visible ocasionalmente bajo la luz de un farol. Una figura que nos perseguiría para descubrirnos, para que dejáramos de jugar y nos quitáramos la máscara. Ese desconocido, con un sombrero de copa hundido hasta la nariz, levita negra, aspecto de cuervo y voz de ultratumba, nos advertiría agitando su dedo huesudo:

—Este juego que os traéis es para niños, grabar corazones en un árbol, fingir ser otra persona, hacer el amor en los servicios públicos; ¡estáis condenados!

Trataríamos de despistarle, perderlo en el dédalo de callejuelas, entre la ciudad impenetrable, aprovechando la niebla cada vez más densa.

Personajes de novela, en realidad fingíamos serlo. Lo nuestro no era una impostura, sino un desdoblamiento. Las siguientes horas transcurrieron con nosotros asumiendo ese papel, perdidos el uno en la mirada del otro, besándonos y riendo por cualquier cosa.

Pasamos a una librería, ¿dónde si no? Lo señalaba un cartel desvaído, apenas perceptible. Nieves dijo que le recordaba a la librería de *La historia interminable*. La puerta era de madera, quejumbrosa, todo estaba apilado como por casualidad, en aparente desorden y una bombilla con el filamento

incandescente, de las que pueden durar cien años, daba una luz melosa, de dibujo hecho a sanguina y carboncillo. Ni rastro del aspecto aséptico, quirúrgico, de los centros comerciales modernos. Nada de novedades expuestas como género fresco, carnosos libros de quinientas páginas y tapa dura, aplicado en el precio final el 5% de descuento que permite la ley. Al contrario, todo era polvoriento, amarillo, cargante, olía a humedad y el silencio era absoluto.

No. En realidad sonaba en la radio una pieza de jazz, una de esas variaciones interminables sobre un mismo acorde, de saxofones que retozan fingiendo un orgasmo o un estrangulamiento y solos de batería. Era más propio de nuestra novela, la vieja librería, aquel paraíso para los ácaros, los libros vetustos, las ediciones del siglo pasado carcomidas. Y por supuesto ni un alma, la misma soledad que en un cementerio, la misma sensación de que nada malo podía pasarte entre su mampostería de libros. ¿Qué habíamos ido a hacer allí? El destino debía jugar ahora sus cartas, exponernos a un terrible misterio, a algún tipo de aventura. Un pasadizo podía comunicar la librería con el antiguo alcantarillado. Entre las ratas, conspiraría alguna secta innombrable, refractaria a abandonarse y tolerar este mundo nuestro, en el que el placer supremo lo dictan cinco pulgadas y una cámara integrada de ocho megapíxeles.

Nieves y yo nos divertíamos hilando este y otros disparatados argumentos, a la vez que hojeábamos los ejemplares de segunda mano en busca de algún rastro dejado por sus dueños. Una dedicatoria, el resguardo de una quiniela, un calendario de 1975, alguna vieja fotografía, un pétalo marchito. Detrás de nosotros apareció por fin el librero. No era un viejo con una larga barba blanca, ni parecía estar adormecido, ni mucho menos nos pareció un misántropo. Era un hombre joven, sonriente, que sostenía una cafetera humeante.

—Si gustáis.

Y nos vimos sentados cada uno en un montón de libros, con una taza de café entre las manos. Hablando de literatura, soplando y sorbiendo despacio para no quemarnos. Nieves fue la primera en levantarse. El librero recogió las tazas y pasó a una trastienda. Desde allí nos dijo:

—Todos los libros de las estanterías son a tres euros. Los de los montones son tres por cinco euros. A no ser que busquéis algo en concreto.

Nieves y yo nos miramos con una sonrisa.

— ¿No tendrá algún libro con un medallón mágico en la tapa?

— ¿De los que te transportan a otro mundo? Cualquiera os sirve.

Tras esta visita anduvimos un par de manzanas hasta llegar a un restaurante bohemio, con muebles de época, mesas de mármol y sillas tapizadas en rojo. Entramos y nos pusimos a cenar. Recuerdo que pedí un ceviche de

corvina con leche de coco, algo que no había probado en mi vida y supongo que por eso conservo ese detalle. En el restaurante, frente a frente, me fijé en Nieves, que partía su filete (¿pechuga de pavo rellena?) con parsimonia, en pedazos minúsculos y masticaba apenas moviendo la mandíbula. Hacía pequeñas pausas y respiraba profundamente; al final de su respiración sonaba un silbido, como el grillo de una correa desgastada. Era tan pálida, con una expresión tan soñadora y a la vez llena de curiosidad. Me vino a la cabeza uno de los cuadros que habíamos visto por la mañana en el Museo del Prado, donde una joven, que destacaba con un vestido blanco sobre un fondo negro, casi un limbo, permanecía sentada con esa misma actitud, ese mismo gesto atento pero entregado en la mirada, de ternura, de infancia aprisionada en un cuerpo adulto. Se lo dije, tratando de describir lo mejor que pude el cuadro.

—Ya sé cuál dices, es el retrato de la marquesa de Chinchón, de Goya.

—Parece feliz, pero al mismo tiempo, hay algo detrás.

—Y ese fondo neutro, del que permanece aislada como si estuviera dentro de una burbuja, ¿no crees? Es la mujer de Godoy, el hombre más poderoso de su época, el favorito de la reina.

—Me suena de mis clases de Historia en el instituto. Ya sabes que lo mío son los números—le guiñé un ojo y sonrió con melancolía, agachando ligeramente la mirada.

—En realidad está encinta. Si lo recuerdas, posa las manos sobre su vientre, con instinto protector.

Juntó una mano con la otra, no creo que deliberadamente y noté la tensión en sus nudillos, apretando la masa de dedos entrecruzados sobre la barriga de forma similar al cuadro, pero no con ánimo de salvaguardar algopreciado. Parecía más bien agarrar un cuchillo imaginario y estar a punto de hundirlo en ella misma, como en un *seppuku*. Una sombra de color púrpura estalló en su mirada, y quedé sobrecogido. Quise seguir con el comentario del cuadro, para que Nieves escapara del espacio tenebroso donde algún pensamiento, no sabía cuál, la había transportado.

—No parece un cuadro que anuncie algo tan feliz como la maternidad, ella destaca casi como una aparición. No, más bien parece un sueño. Si parpadeas da la sensación que vaya a desaparecer o se distorsione, como un televisor mal sintonizado. A mí me sugiere más melancolía que esperanza.

Nieves esbozó una sonrisa. Vislumbré algo de claridad en sus pupilas, una leve chispa de interés.

—Esa capacidad que tienes para mirar, es un don. Su familia, emparentada con el rey, había caído en desgracia y el matrimonio con Godoy se hizo por conveniencia. Ella se sacrificó, no fue un matrimonio feliz. Godoy era

un mujeriego y la trataba con displicencia. Puede que Goya, que sentía un aprecio sincero por la muchacha, supiera captar todo eso, quién sabe.

Me agarró de las manos. Estaban tan frías que las retiré por instinto y luego las acogí otra vez entre las mías como tratando de encender un fuego imaginario.

—Ven aquí. Es increíble, lo frías que están.

Por un momento se me pasó por la cabeza preguntarle acerca de la maternidad, dada nuestra edad era un tema que surgía espontáneamente, pero por instinto me contuve. La mención del cuadro la había vuelto más melancólica, si cabe y me dediqué a frotar sus manos para devolverles el calor, mientras el camarero apareció de repente para ofrecernos más vino.

—Sí, por favor.

Después de cenar decidimos tomar una copa y nos metimos en un pub. En la puerta había algunos fumadores silenciosos y ceniceros colmados. El interior era oscuro y húmedo, el final resultaba apenas perceptible, como en una caverna. Sobre la barra iluminada por un neón azul se acodaban individuos solitarios. El tiempo que estuvimos allí transcurrió en larguísimos y continuos paréntesis, la burbuja de Nieves me encerraba con sus labios y sentía estar flotando en una sustancia oleaginosa. Una cápsula de oscuridad, con parejas abrazadas y sin humo en el ambiente.

Entendí que a la vida le gusta sentirse observada, así se manifiesta, necesita un testigo. Los ojos de Nieves, su cara, sus manos, necesitaban de mí. Yo le proporcionaba existencia, yo la contenía en mi mirada. Queremos suponer que el tiempo pasa y en definitiva, aquel fin de semana con Nieves ardió y es historia. Apenas unos minutos fragmentarios, que voy rellenando aquí, mientras transcribo lo que puedo recordar e invento lo que no puedo, pero supongo. Sin embargo, su huella es firme, porque nada de lo que yo haga ahora puede modificar nuestro pasado, nada puede alterarlo, aunque sea incapaz de evocar un detalle o lo tergiverse.

Hubo un momento en el que tuve que ir al baño y al volver reparé en que un individuo hablaba con Nieves. Tomaba una distancia prudente, casi temerosa y se tapaba la boca al hablar, más por timidez que por discreción. Era moreno, con el pelo echado hacia atrás, asentía muy serio a todo lo que Nieves le estaba contando y daba un sorbo tras otro a la botella de cerveza, raspando la etiqueta con la uña. No me pareció un seductor, uno de esos depredadores de bar especializados en sacar partido de las flaquezas femeninas. Así que me quedé en un segundo plano, a un par de metros de ellos. Permanecí así durante unos minutos, hasta que el extraño reparó en mí. Entonces me hizo un gesto con la

cabeza, sonrió y se dio la vuelta. Llegué hacia Nieves y me senté, dándole la espalda. Sentí los dedos del individuo apretándome el hombro:

—Adiós, pareja. Que os vaya bien—luego se dirigió a Nieves—. Por favor, no olvides dar recuerdos a tu hermana, decirle que me has visto, que estoy bien y que pienso a menudo en ella.

Me volví levemente, tan solo para mirarle de reojo. El hombre arrastró los pies hacia la salida, zigzagueaba entre la gente, con mucho cuidado, casi pudor, de rozarse con nadie. Me dirigí a Nieves, mordido por la curiosidad:

— ¿Ha dicho hermana?

—Sí—Nieves ahogó una risa y bebió de su vaso—, cuando te has ido al baño ha venido hacia mí, algo indeciso y me ha preguntado si era hermana de Rocío. Me he quedado mirándole, sin saber qué decir. Así que ha seguido hablando, dando por supuesto que yo era quién él creía que era. Me parecía tan fascinante, ser otra persona, que no he podido desmentirlo. No ha sido difícil, en realidad, puede que él quisiera que yo fuera ella, le venía bien en ese momento.

Tragué saliva, pensando que quizá Nieves no era consciente de nuestra impostura. Pero resultaba del todo imposible, quedaba claro que yo no era el verdadero Jaime. El hecho de no desvelar nuestro juego era por pura conveniencia. Llegué a pensar que quizá ella tampoco era la verdadera Nieves. Éramos dos personajes contruidos a toda prisa, sin mucho fuste, pura ficción insostenible.

— ¿Y por qué buscaba a la hermana de esa tal Rocío?

—Bueno, al parecer fueron muy amigos cuando eran jóvenes, pero rompieron de mala manera. Luego ella se marchó del pueblo, algún lugar de Segovia, no me he quedado con el nombre, y no volvieron a verse.

— ¿Amigos?

—Eso ha dicho. No sé, parecía muy raro. Se expresaba de forma extraña, como si todo lo tuviera preparado, como si le hubiera dado muchas vueltas a ese discurso hasta dar con las palabras apropiadas, preparándose por si algún día volvía a verla.

— ¿Cómo un actor? ¿Entonces tenemos un personaje secundario en nuestra trama?

—Más bien alguien que ha querido tener un pequeño papel.

—Sigue, por favor.

—Fue irse Rocío y todo se desajustó en su vida. Aquella era su timón, la que le imponía algo de rumbo y sensatez. Ha tenido problemas, según me ha confesado. De esa travesía no ha quedado muy bien parado, por eso recuerda su época con Rocío como una especie de edad de oro. Era su mejor momento, ahora ya solo le queda marchitarse y después, dejarse ahogar. Así lo ha dicho, ¿qué te

parece?

Me quedé sin palabras. Nieves creaba un sentimiento de total confianza, de sumisión emocional en quién la conocía. El candado de las confianzas saltaba sin dificultad. Hasta los desconocidos se volcaban en ella.

—Supongo que algo he visto en su mirada, de urgencia. No podía decirle que yo no era hermana de Rocío, aunque yo no tengo hermanas. ¿Te imaginas? Así que le he contado una mentira, ha sido muy raro porque me ha salido de forma tan espontánea, tan natural. Casi me he sentido poseída por la verdadera hermana de Rocío, que a lo mejor duerme y ha soñado todo lo que me ha pasado.

— ¿Has creado ese personaje sin pensarlo?

—Le he dicho que Rocío se fue del pueblo porque estaba embarazada. Su familia montó en cólera, porque ella no era capaz de decir quién era el padre. Como no estaba dispuesta a abortar se fue para sacar a su hijo adelante. Le he dicho que yo le mandé dinero al principio y que emigró a Alemania, que ahora vive en Fráncfort y trabaja en un restaurante vegetariano. Esto último le ha hecho mover la cabeza, como dando a entender que no le extrañaba en absoluto. También que había tratado de contactar con él.

—Menudo culebrón, ¿y por qué no pudo localizarlo? Hoy no es tan difícil.

—Se ha mordido los labios y me ha dicho que se vino a Madrid al poco tiempo, que se perdió, así lo ha dado a entender. En el pueblo vivía con sus tíos, que no le trataban bien. Les parecía algo así como enfermo o perturbado. Que se fuera supuso un alivio para todos.

— ¿No crees que ha podido seguirte la corriente?

—Quién sabe. A lo mejor era lo que esperaba oír. Le he dicho que llamaría a mi hermana, diciéndole que le había visto y que estaba bien, que se acordaba de ella. Esto le ha puesto muy contento, incluso le he pedido su dirección.

—Venga ya, ¿querías hacer como Kafka con la niña que pierde su muñeca y seguir manteniendo esa ficción?

—No lo sé, ya te he dicho que me sentía otra persona. Estaba siendo sincera, en realidad. Es muy difícil de explicar—aquí sonrío—. Creo que me siento muy cómoda siendo quien no soy en realidad. Todo el mundo debería ser otro alguna vez.

Se hizo el silencio, de nuevo. Un silencio tibio y acogedor.

—No ha querido darme su dirección, “prefiero que me recuerde tal y como fui. Me basta saber que está bien y no se ha olvidado de mí”.

Salimos de aquel pub bien entrada la madrugada. Había refrescado, uno

de esos fríos nebulosos de principios de primavera. Nieves se cogió de mi brazo y al pasar junto a unos soportales, donde aguantaban impávidas dos prostitutas, nos silbaron la marcha nupcial. Reímos y nos lanzaron un beso. Hay momentos en los que la felicidad es tan espesa que lo sórdido toma un aspecto meloso, de merengue.

Al llegar al hotel caímos agotados. Nieves se quedó dormida enseguida y yo permanecí sentado en silencio en el borde de la cama, tratando de poner orden en mi cabeza. Contemplé su maleta, preparada para volver a su casa el lunes. ¿Cuál debía ser mi siguiente movimiento? ¿Exigirle amor eterno? ¿Irme por donde había venido, olvidarme, que todo quedara en una casualidad maravillosa, en una de esas cosas que pasan solo una vez en la vida?

La angustia y la incertidumbre me impedían conciliar el sueño y empecé a dolerme la cabeza. Decidí entregarme a mi destino, dejar que los acontecimientos fluyeran de forma natural, sin entorpecerlos. Como el que se arroja al vacío.

Mientras pensaba en esto, Nieves comenzó a toser. La tos se expandía desde los bronquios y resonaba como en el fondo de una cueva; era ronca, no cesaba, encendí la luz y vi como de sus ojos corrían gruesas lágrimas y se agarraba la garganta.

La ayudé a incorporarse, pero siguió tosiendo y me miró, todavía semiconsciente, porque no acababa de despertarse del todo, sin verme. Le ofrecí un poco de agua, que consiguió beber a pequeños tragos y se quedó resoplando sobre la almohada. Le toqué el pecho, que palpitaba y sentí como si hubiera posado la mano sobre un lecho de nieve. Sus ojos se hundían cada vez más y más en un abismo. Me acerqué a ella y sostuve su cabeza entre mis manos, mientras le secaba las lágrimas, que perlaban las mejillas y la boca.

—Nieves, ¿qué te pasa?

Pero había vuelto a dormirse.

11

La despedida fue silenciosa y fugaz. Tomábamos un café en la terminal, diez minutos antes de que saliera el tren. Contemplé por última vez sus párpados cansados y las profundas ojeras, apenas disimuladas con maquillaje.

Me acerqué la taza vacía a los labios y mordí el borde. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Una mezcla de impotencia y rabia agarraba las palabras de mi garganta y las asfixiaba hasta matarlas. La megafonía anunció la salida del tren. Entonces se adueñó de mí un terror sin límite, pensé que ese tren la tragaría como un agujero negro, devorando su luz para siempre. Por fin, ante el mutismo de Nieves, que como una adivina contemplaba ensimismada el fondo de su taza de café, le dije:

—Me gustaría volver a verte.

—*La maldita primavera*—respondió, con una risa irónica.

—¿No vas a darme una oportunidad?

Me miró y se encendió una chispa de luz en sus ojos.

—*Sí, para enamorarse, basta una hora*—canturreó.

—Me haces daño, pero no quiero que te sientas culpable.

—Jaime...

—No me llames Jaime, basta ya.

El pasaje comenzó a dirigirse hacia la escalera mecánica. Nieves se levantó.

—Voy a escribirte una carta.

Agarró la maleta y se dirigió caminando de espaldas hacia la escalera mecánica.

—No quiero que me llames, por favor, espera a recibir mi carta.

— ¿Pero sabes dónde escribirme?

Ahora Nieves corría arrastrando la maleta, se volvió, apartando el pelo con la barbilla:

—Te encontraré, como tú me encontraste a mí.

Recuerdo que durante horas anduve arrebatado, pateando el centro de Madrid, que perdí la maleta o me la robaron. Dos policías de paisano me pidieron la documentación, les debí parecer un loco sospechoso, un lobo solitario sediento de sangre. Después de hacer pedazos el teléfono contra los adoquines, tras haber llamado a Nieves veinte veces sin resultado, regresé a la estación y compré el billete de vuelta.

A la vez que el tren cogía velocidad, mi furia fue amainando. Ya sólo quedó la tristeza, total, de verme solo otra vez. Tragaba y tragaba saliva para no llorar. Una niña pequeña, que viajaba con su madre, me observaba con sus grandes ojos llenos de preguntas. Por fin se acercó y después de saludarme, me ofreció de una bolsa con golosinas. Agarré dos tiras de color rojo, cubiertas de azúcar y las mastiqué.

—Me llamo Laura.

Las piernecitas de la pequeña colgaban del asiento. Tendría cinco o seis años. Llevaba un gorro rosa y botas de agua del mismo color. La compañía de la mujer y su hija, consiguió inyectar algo de calor en mi corazón. Estuvimos hablando durante gran parte del viaje. Hay pocas cosas tan alegres como conversar con un niño, quizá porque aflora el recuerdo de la infancia perdida que en mayor o menor grado añoramos todos. O fue su candidez, la limpieza de esa mirada infantil lo que me reconfortó. La madre era muy joven, delgada, bastante comunicativa. Se ruborizaba al reír. Creo que aquellas dos horas en el tren quise ser su marido y también el padre de la niña que me tiraba de la manga del abrigo para que le mirara al hablar, mientras sacaba un taco de pegatinas de su bolso.

Esa es la base de la familia humana, la calidez de tres personas abrazándose con los ojos.

Al despedirnos, la niña me puso una pegatina de una cantante de Disney en la chaqueta. Así llegué a mi apartamento, como un pintoresco fan tardo adolescente de Violetta.

Descargué el buzón, repleto de publicidad y me sorprendió encontrar un par de cartas. Prendí la calefacción, me preparé un café y me senté frente al ordenador. La bandeja del correo electrónico contenía varios mensajes. Mi madre, cómo no. La soledad nunca es completa si uno tiene madre. Algún amigo alarmado por mi mutismo. En realidad, no era tan invisible como yo creía.

Subí las persianas y pasé al baño. Me contemplé en el espejo. Descubrí algo diferente a lo de todos los días. No es que me hubiera metamorfoseado, como en la fábula de Hermafrodito y Salmacis, pero irradiaba optimismo. Quizá Nieves era una ninfa como la del mito, un ser sobrenatural que había llegado al mundo de los mortales para cumplir una misión: operar un cambio en mí y luego por mandato divino tuvo que regresar al Olimpo.

Encontré un trabajo, uno de esos empleos precarios que todavía proliferan. Nada del otro mundo, pero al menos me garantizaba la subsistencia. También retomé mis estudios, trataba recuperar esos proyectos que me ocuparon tanto tiempo y dejé apartados al recibir el primer golpe. En esta vida hay que remar para que no te hundan, decía mi padre. No entiendo cuándo dejé de hacerle caso y me convertí en un náufrago.

Hablando de mis padres, la semana pasada vinieron a visitarme a casa. Me ayudaron a hacer algunas reparaciones, atiborraron mi nevera de comida y al irse dejaron ese aroma espeso de familia, que parece dotar de vida todo lo que impregna.

Llegué a dudar si Nieves fue real o simplemente brotó de mi imaginación y por pura necesidad, de amor, de compañía, de algo, me dejé envolver por ella. Todavía hoy pronuncio inconscientemente su nombre en voz alta, como invocándola: N-i-e-v-e-s, seis letras, casi un suspiro, casi una bala saliendo de mi garganta. A veces me despierto y palpo la cama con vanas esperanzas o visualizo con rubor nuestro encuentro en el baño de señoras del museo. Cada conversación, de las que solo recuerdo fragmentos, los silenciosos paseos cogidos del brazo. Tanto en tan pocas horas. El valor del tiempo es relativo. Hay años que no contienen más que ceniza, horas vacías, insípidas e intercambiables. Pero el fin de semana con Nieves fue un cuarto de vida concentrada.

Aunque iba recomponiendo mi vida, abandonando la espantosa cueva en la que me había recluido, había una pieza que necesitaba encajar. Muchas preguntas sin respuesta que merecían, cuanto menos, el intento de responderlas. Ella descubrió que era un impostor desde el primer minuto, pero siguió jugando y quería saber por qué. Quería saber por qué me amó, durante cuarenta y ocho horas y luego se desvaneció para siempre, tan fácilmente como un reflejo en el cristal.

No había recibido ninguna carta de Nieves, ni me había llamado. Tampoco yo a ella, porque perdí su número. Quedó diseminado, hecho añicos sobre los adoquines. Con el paso de los días, al constatar su silencio, la falta de noticias, me invadió un presentimiento, el peso del olvido que se cernía sobre nosotros o lo que era peor, la indiferencia, un atisbo de rechazo. Traté de encontrarla de nuevo, dar con su dirección, ponerme en contacto con ella. No me fue difícil, hoy día no lo es si uno quiere: me bastó una simple factura de teléfono y una búsqueda en Internet. Pero al verme de nuevo con su número, nombre y dirección entre mis manos, una fuerza extraña me detuvo, creo que fue el miedo. La mera posibilidad de ser rechazado, de encajar el torpedo de su indiferencia, de hundirme otra vez. Sí, me detuvo un calambre. Algo que lamenté cien veces. Y cuando por fin me decidí y conduje hasta Irún, habían pasado varios meses, una avalancha de tiempo que nos anegó a los dos.

La voz melosa del GPS me avisó de que quedaban tan sólo diez kilómetros. La carretera de acceso estaba cortada por un desprendimiento, provocado por las últimas lluvias. Una máquina excavadora apartaba a dentelladas grandes terrones de tierra ocre, mientras un operario iba desviando el tráfico. Los coches encendían las luces de emergencia y toda la caravana se deslizó lentamente hacia la salida.

Tan cerca de ella otra vez, sentí que me iban abandonando las fuerzas. Si Nieves no estaba o se negaba a verme, temí que la montaña entera se deslizara sobre mi cabeza, aquella tierra parda con muñones de raíces retorcidas.

El GPS dictó sentencia:

Ha alcanzado su destino.

Eso podía ser. Eso quería.

Dirigí la mirada al primer piso del número siete y apagué el motor. Las persianas de su casa, si lo era, estaban subidas. El corazón, más que latirme, retumbaba como uno de esos martillos neumáticos con los que levantan los adoquines de las calles. Esa fina lámina de cristal, a cuatro o cinco metros de altura, los escasos seis pasos de acera y asfalto, una vulgar puerta de metal, podían ser lo único que se interpusiera entre ella y yo. Por fin bajé del coche y me dirigí al portero automático.

Puedo verlo como si fuera ayer. Estoy sentado en la habitación de Nieves. Manoseo las cuartillas manuscritas, que ya he leído cinco veces, y que nunca llegaron a su destino, dentro del sobre con el sello de correos estampado en el papel desvaído donde pone *domicilio desconocido*.

No sé el tiempo que permanecí estático frente al llamador. Una fuerza invisible amarraba mis brazos, una férrea mordaza me impedía hacer movimiento alguno. Me ardía la garganta. Por fin comencé a reaccionar, como el enfermo que con un tic casi imperceptible sale de un largo coma. Me acaricié la

barba, examiné la fila hasta dar con el primer piso, letra “d”. Respiré profundamente porque me ahogaba y al fin, empujado por la misma fuerza que antes me atenazaba, apreté el botón.

El ruido del timbre impactó en mis tímpanos como una pared al desplomarse. Nada. Volví a llamar. Nada. Apreté los labios, lleno de frustración. Decidí dar una vuelta a pie, escrutando sin ninguna discreción a cualquier persona con la que me cruzaba, mirando sin disimulo dentro de los bares, las peluquerías, las farmacias, queriendo que el azar me hiciera toparme de improviso con ella. Me sentí una cobaya encerrada en un laberinto de laboratorio, a la que observaba silenciosamente la fortuna, sin saber si favorecerle o no. Al cabo de una hora, regresé al portal de Nieves y volví a intentarlo. Esta vez el altavoz crujió y una voz dijo:

— ¿Quién llama?

Titubeé, si no conseguía extraer las palabras de mi garganta, se acababa todo. Por fin conteste:

—Busco a Nieves. Soy Pablo, digo Jaime.

— ¿Pablo o Jaime?

—Para ella, Jaime.

— ¿Y qué quieres de Nieves?

—Me abre, por favor.

No sé si el padre de Nieves, que era el que había contestado, percibió en mis palabras la sensación de desesperada urgencia que me embargaba. Colgó, escuché un zumbido y luego el chasquido de la puerta al abrirse. Empujé y subí.

Querido Jaime

Falso Jaime. Te escribo bajo la tenue luz de la lámpara, con miedo a que despiertes y me descubras, durante las últimas horas de nuestra segunda noche juntos.

Ya sé que nadie escribe cartas. Ni expone sus sentimientos de esta manera tan definitiva, tan tangible, hoy día. Pero no encuentro mejor manera de hacerlo. Te llamé por equivocación, esa es la verdad. Fue una gran suerte, después de todo. Lo he sentido de forma tan rotunda, cuando me has sujetado entre tus brazos, como la Madonna de Miguel Ángel sostiene a su hijo muerto y has enjuagado con tus manos calientes las lágrimas de dolor que me había provocado la tos. Una tos que apenas he logrado contener este fin de semana. Quiero escribirte aquí, en este momento. Capturar la extraña sensación que me embarga al contemplar como duermes, tú, un desconocido. Mi amor, hallado de manera tan fortuita.

Cuando me preguntaste qué me pasaba, entreví tu mirada acariciándome y quise contestar con ironía: el romanticismo me mata. Pero la voz no pudo traspasar el cerco de espinas de mi garganta. Y me dormí. Muchas personas han pasado por mi vida y apenas me han rozado. Tú no eres Jaime. Jaime era mi novio, el que me prometió amor eterno en París y luego me pisó como una piedra en el camino, que apenas sintió bajo la espesa suela de su egoísmo. Pero soy débil y esa mañana quise hablarle, después de pasar una de las peores noches de mi vida, rumiando el diagnóstico que el médico me había expuesto con voz de ultratumba. Por miedo a que rechazara mi llamada, porque suponía que conservaba mi número de teléfono móvil, utilicé el fijo. Me equivoqué al anotar su número en el papel, con mano temblorosa. Después de marcar,

comunicó durante largos segundos, sin éxito, así que colgué e inmediatamente me sentí reconfortada. Ya no quería hablar con Jaime, ese deseo se había diluido en el café bien cargado con el que tragué mi medicación esa mañana. Pero al cabo sonó el teléfono en el salón y tuve un presentimiento, descolgué y pronuncié su nombre, como un conjuro.

Y resonó tu voz, tan familiar y al mismo tiempo tan desconocida. Tu voz, débil, apenas audible, como encerrada en una lúgubre mazmorra de soledad y pena. Sentí algo extraño, que no puedo explicar. No era esa emoción de desesperado auxilio, no eran esas ganas de huir que me embargaron cuando desperté aquella mañana en París y contemplé a Jaime, el verdadero Jaime, desnudo y nuestro anillo de compromiso brillando en su dedo como un cometa asesino que se precipitara contra la tierra. No, al contrario. Fue una terrible sensación de atracción. De compasión. De ternura. De fe. Luego nuestra conversación siguió, de la manera más ridícula y cuando colgué el teléfono estuve toda la mañana sintiéndome ridícula yo también, pero al mismo tiempo excitada por lo que había ocurrido. Después te envié aquel mensaje, sé que con algo de demora, lo siento. Y preparé el viaje como el último de mi vida.

Acabas de revolverte inquieto. Es extraño, pero cuando subía la escalera mecánica, sabía que me estarías esperando, parecía que un hilo invisible tiraba de mí hacia ti. Pobre falso Jaime. Mientras te limpiaba la sangre del labio, vi con exactitud la clase de persona que eras. Sentí con firmeza que crecía algo entre nosotros. No entiendo que las personas eludan el amor. Yo decidí en ese momento caminar firme hacia tus brazos. Hemos vivido estas pocas horas, el uno dentro del otro, alimentándonos de las experiencias que íbamos compartiendo. Fingiendo ser quién no éramos, pero al mismo tiempo, exponiéndonos de forma clara y sin trampas. Me he enamorado otras veces y esa emoción primera, de desbordante felicidad, se va quemando por los bordes, desaparece y a veces, como con el verdadero Jaime, se convierte en odio y resentimiento. He pensado en nosotros, después de que escapemos de este limbo. Estoy muy enferma, falso Jaime. No quiere atraerte a mi tela de araña y estrangularte luego. Necesito pensar. Dejar que se apague tu calor.

Dejé de leer y respiré hondo, abrumado. Contemplé por un instante la ordenada habitación de Nieves, los libros de Historia del Arte, de poesía, la colección de clásicos del s. XX de El País llenando las estanterías, las fotografías clavadas en el tablón, el ordenador apagado, cubierto de polvo. La cama pulcra, con la colcha estirada. Abrí el armario y colgado en la percha estaba el abrigo con el que la conocí. Lo agarré con fuerza y lo aproximé a mi nariz. Olía a naftalina. Lo dejé de nuevo en su sitio y volví al sobre. Quedaban dos pliegos por leer. Era papel reciclado, sin el membrete del hotel. Deduje que habían sido escritos después, aunque no estaban fechados.

Cómo debes odiarme, falso Jaime. La maldita Nieves, soñadora empedernida, no puede dar contigo. Te he llamado tantas veces. Y el teléfono está apagado o fuera de cobertura. No soy capaz de localizarte. Sólo tengo el nombre de una ciudad. ¿Qué más? Ni siquiera se tu verdadero nombre. Soy incapaz de soportar tenerte tan lejos. Estuve a punto de ir allí, me dijeron que es una ciudad pequeña. Estaba dispuesta a deambular por sus calles, hasta dar contigo. Pero cada vez tengo menos fuerzas. Pronto me ingresarán.

Ahora lo sé con certeza. Tu ausencia me ha hecho verlo claro. Revivo cada minuto contigo, con placer al principio y luego con desesperación. Siento que no puedo vivir lejos de ti y estoy segura que tú también me echas de menos, pero, ¿por qué no me llamas tú? Mi pobre padre está harto de hacer guardia frente al teléfono, día y noche. Me diste tu palabra, lo sé y sigues fiel a ella, como los caballeros medievales. Y como ellos, seguro que un día aprestas tu armadura y te decides a surcar la meseta para rendir homenaje a tu dama. Antes de que lo nuestro sea arrastrado por el río del tiempo o la corriente me ahogue para siempre.

Después había un espacio en blanco y un fragmento, escrito con letra redonda y alegre:

Falso Jaime, ya eres mío. He conseguido tu dirección, no te diré cómo. Te enviaré esta carta y vendrás conmigo y podré llenar mis brazos de ti.

Tuve que tragar saliva para deshacer el nudo en la garganta, para volver a leer el último párrafo, su caligrafía crispada, su pesimismo, su desesperación. La mía. El azar, un número equivocado, nos había unido; tiró de nosotros como un imán, creó una atracción gravitatoria irresistible, una nebulosa de cuarenta y ocho horas en la que vivimos, transportados por la relatividad del tiempo y ese mismo azar nos había separado, un número equivocado en mi dirección chocó con sus dados frente a aquel edificio que se erguía justo enfrente de mi casa, un almacén de hormigón agrisado por la carcoma de los elementos, que esperaba la bola de acero o la dinamita para su derribo.

Domicilio desconocido.

Domicilio desconocido.

Siento que me vuelvo loca. Podría escribir esta frase horas y horas, como Jack Torrance en aquel hotel maldito. Temo que también voy a acabar así, huyendo a través de un laberinto de nieve hasta helarme, porque te he perdido.

Dejaré esta carta aquí, en mi escritorio. He informado debidamente a mi padre. Te reconocerá, seguro, si vienes. Le he descrito tu voz, tan desesperada cuando te conocí; tan luminosa cuando me hablabas nuestra última noche. Mañana me ingresan. Quizá sea un camino sin retorno, él te dirá. Al menos sé que te hice feliz y tú a mí y eso me reconforta.

Te quiere,

Nieves.

Amar y devorarse al mismo tiempo

Me quedé tumbada exhausta, hipnotizada por la luz blanca de la lámpara del techo. Después busqué su cuerpo caliente y le abracé por detrás. Llevábamos tantos años juntos que el recuerdo de mis experiencias sexuales antes del matrimonio se había disuelto hasta adquirir una apariencia mítica.

— ¿Recuerdas tu primera vez?

Hizo un gesto como el que espanta una mosca; se estaba quedando dormido. ¿La recordaba yo? Mi propia memoria de ese momento se había ido borrando, como la huella de una pisada en la arena por el batir de las olas y su espuma crepitante. Supongo que lo viví como todas, con una mezcla de excitación y miedo. Y dolor, eso seguro. Lo único que quedó fijado con certeza en mi memoria fue el pequeño reguero de sangre que dejé en las sábanas, aquella efímera evidencia de mi virginidad entregada que deshizo un tapón de lejía.

Me entró un poco de frío y me cubrí con la sábana. ¿Qué fue de aquel chico? Me divertía la medialuna de su miembro erecto, saltando con descaro al liberarlo del calzoncillo, como en una caja sorpresa.

Sin querer comencé a excitarme. El sexo tenía entonces ese aire de aventura ingenua. Volví a buscar a mi marido, que me apartó con el codo, noté que espontáneamente. Luego se volvió y me miró. Seguía adormilado.

— ¿Qué te pasa? —preguntó.

—Nada—le dije—es solo que estaba pensando en eso.

— ¿En qué?

—En mi primera vez.

—No me digas que te ha dado un ataque de nostalgia—Me miró con una expresión burlona. Sus dientes apenas sobresalían entre los labios—.Yo solo recuerdo que no atinaba a desabrocharle el sujetador. Todo lo que intentaba, a ella le molestaba o hacía daño. Me daba miedo correrme nada más empezar, no disfruté nada. Aunque a mis amigos les dije que eché tres seguidos—se levantó—. Voy al baño.

Salió del dormitorio desnudo. Le contemplé de espaldas, los pliegues que caían con flacidez por encima de la cadera, verdaderas alforjas de carne y tiempo. Luego me palpé la barriga, estirando la piel del vientre y cerré los ojos.

Volví a recordar aquellas primeras experiencias con el sexo. Aquel chico y yo asegurábamos la puerta de la habitación empujando una silla contra el

picaporte, mientras mi madre veía el televisor o planchaba en la planta de abajo. Para evitar hacer ruido bajábamos el colchón al suelo. De rodillas, intentaba no lastimarlo con los dientes. Casi reíamos, más que hacíamos. Lo nuestro, aunque intermitente, duró un año, quizá más. Luego al acabar el instituto nos fuimos a la universidad, cada uno por su lado y dejamos de vernos.

Escuché el torrente orina, que caía con estrépito y el ruido de la cisterna después.

—Baja la tapa cuando acabes, por favor.

—Que sí, pesada.

Al menos teníamos sexo. Sabía de otras parejas que habían pactado una especie de paz perpetua, con escasas y excepcionales rupturas, provocadas más por la ebriedad o la pura y animal necesidad que por el verdadero deseo.

Noté sus pisadas y cómo se sentaba en el borde de la cama. Sentí su mirada sobre mi cuerpo desnudo y luego su mano posándose en mi vientre. Luis y yo comenzamos a salir el último año de carrera. Recuerdo a la perfección nuestra primera vez. Éramos como tigres hambrientos. Tantos meses de miradas ardientes, intercambiando escasas palabras; nos habíamos conocido tres años antes y casi desde el primer momento habíamos pensado mucho el uno en el otro, en todos los términos posibles.

— ¿Recuerdas cuándo nos conocimos?

—Claro. Apenas hablamos tres palabras, sobre unos apuntes de clase. Recuerdo que me fijé en tus ojos, verdes como los de un gato.

—Y yo noté cómo me escrutabas y me ruboricé.

—Eso dices ahora, pero durante tres años no me hiciste mucho caso. Me sentía totalmente ignorado. Un compañero de clase más.

—Porque a ti te costó mucho decidirte. A veces parecía que sí, que te atreverías, pero luego nada. Te limitabas a mirarme de reojo y seguir bebiendo si coincidíamos en una fiesta o hundir tu cabeza entre los libros cuando pasaba a tu lado en clase o en la biblioteca.

—Bueno, no creo que fuera exactamente como dices. Salías con otros chicos, ¿cómo podía yo imaginar que tenías algún interés en mí?

— ¿Y qué esperabas, que hubiera hecho como esas novias devotas de las novelas, suspirar por tu amor tras las rejas de un convento?

—Tampoco tanto, pero podías haberme dejado pistas, guiñado un ojo, qué se yo.

—Si te las dejaba. Pero es que eras un sabueso un poco torpe.

Por fin se tendió otra vez junto a mí. Me incorporé sobre un costado. Mi marido miraba al techo con las manos cruzadas sobre la barriga, como un buda pensativo.

—Oye, te puedo preguntar una cosa.

—Tú dirás.

— ¿Qué sentías cuando me veías con otro?

—Pues muy mala leche. Pero sabía que tarde o temprano llegaría mi oportunidad. Los hombres también tenemos intuición, ¿sabes?

Es verdad que una fuerza invisible nos fue atrayendo poco a poco de manera inexorable. Recuerdo cuánto y cómo nos besábamos. Los labios se espachurraban de tal modo. Parecíamos hechos de cera o barro y en esos largos besos tenía la impresión de que podríamos fundirnos literalmente, ensamblarnos hasta formar una masa compacta de carne ardiente. Era amar y devorarse al mismo tiempo. Era una sensación de ingravidez, como caer en el agua, con escasas pausas para tomar aire y sumergirse otra vez en ese limbo, ajenos a lo que ocurría alrededor.

Volví a sonreír, recordando aquella voracidad, besándonos en sitios concurridos, a la vista de todo el mundo. Entonces busqué sus labios y noté la rigidez que se iba apoderando de su miembro mientras lo espachurraba, pero fui incapaz de revivir aquella pasión. Sus labios me supieron fríos, carne yerta, una pieza desangrada colgada de un gancho, lista para el despiece. Sentí que un miedo atroz se iba adueñando de mí y me engullía como un agujero negro y me asusté. Separé los labios bruscamente y no sé cómo debí mirarle, porque frunció el ceño y exclamó molesto:

— Pero bueno, ¿se puede saber qué te pasa?

Y todo se vino abajo, de repente alguien apagó la música. ¿Desde cuándo no nos besábamos como antes? ¿Desde cuándo un beso era puro compromiso, un mero acto protocolario, el primer estadio antes de llegar a la cópula, un medio y no un fin? No pude responder a la pregunta. Pero una duda, dañina y lacerante, se apoderó de mí.

— ¿Te ha molestado lo que he dicho?

—No, nada, sigue por favor.

Mientras él se afanaba entre mis piernas, volví a sentir lo mismo: noté su ausencia, le eché de menos. ¿Por qué no me había dado cuenta antes? Quizá ese alejamiento entre nosotros era imperceptible a simple vista, como la deriva de los continentes, palpable tras millones de años de lento avance. Pensé en si era posible reavivarlo, o si solo en los primeros momentos del enamoramiento brota ese magma y luego después queda reducido a una llama vacilante, que puede apagarse en cualquier momento. ¿De verdad la pasión se podía extinguir de esa manera y no se podía atizar la lumbre, añadir material combustible para que las llamas crepitaran otra vez como al principio? No lo sabía. Pero la duda comenzó a acorralarme, ¿Aquello era normal? ¿Seguíamos queriéndonos? ¿Tenía algo que

ver con el amor? Quizá permaneceríamos para siempre varados, en una distancia que nos permitiría vernos pero no tocarnos. Luis notó mi rigidez, mi falta de entusiasmo y se detuvo. Se colocó encima de mí y me miró:

—A ti te pasa algo, estoy seguro.

La rutina del sexo continuaba entre nosotros, es verdad. A veces yo le buscaba a él, la mayor parte de las veces él a mí. Pero todo se había ido espaciando, la frecuencia y la intensidad. Efectivamente, éramos dos barcos que se alejaban el uno del otro. Pero yo le quería y sabía que él a mí también. Cuando me escondía el paquete de cigarrillos para que dejara de fumar. Cuando se dejaba caer entre mis brazos, desanudándose la corbata, mientras maldecía al jefe de personal. Cuando iba a esperarme al trabajo con los niños y me cogía de la cintura, hasta hacer que me inclinara bailando un tango imaginario, como si yo fuera Rita Hayworth y el Glenn Ford. Le agarré con las piernas y le atraje hacia mí:

—Sabes de sobra que te quiero.

—No sé a qué viene esto ahora. Me estás preocupando.

—No viene por nada. Bueno sí, pero es difícil de explicar.

—Pues así no vamos a ningún sitio.

— ¿Tú me quieres?

— ¿Es que lo dudas?

Y no, no lo dudaba. Quizá el amor sigue su curso como un río, al principio rápido e intrépido. Luego sinuoso y después con parsimonia hasta su desembocadura. Nosotros habíamos pasado la primera etapa, cuando corría removiendo cualquier obstáculo; no había tedio, ni prejuicios, ni importaba nada más que nosotros enredados en ese ovillo. Pero luego las aguas se fueron aposentando. Era algo natural. Tenía que serlo. Pero me angustiaba no poder revivir aquella pasión, las lenguas buscándose con la voracidad de dos serpientes, el tiempo detenido en ese paréntesis que formaban nuestras bocas al juntarse.

—Me asusta que no nos besemos como antes.

— ¿Cómo antes?, ¿cuándo?

—Cuando éramos jóvenes. Ya no nos besamos así. No hay pasión, es todo tan frío. —Hice una pausa para elegir la palabra adecuada—Tan rutinario.

— ¿Qué dices?, no te entiendo

—Te estoy diciendo lo que siento.

—Oye, en cualquier momento van a volver mis padres con los niños y...

—Lo que te decía: rutina, puro compromiso.

—No es eso mujer, es que tenemos tan poco tiempo...

—Ahora va a ser una cuestión de tiempo.

Se apartó, levantándose con brusquedad.

—Mira, voy a darme una ducha y a vestirme, porque si seguimos por este camino vamos a acabar mal.

—Lo mal que tú quieras.

—Por favor, Ana, no me provoques.

Me quedé en la cama, tratando de deshacer el nudo que me aprisionaba la garganta. La nostalgia había dado paso al vacío. Quería levantarme, ir al baño, abrir la cortina y engullir a mi marido como si fuera una fresa y que luego me hiciera el amor a latigazos, pero me quedé allí petrificada, como si las sábanas fueran un lienzo mortuorio y ya hubiera exhalado mi último hálito de vida joven, tratando de resucitar, pensando en cómo era, amar y devorarse al mismo tiempo.

En el dentista

Fue al morder una manzana, una inocente manzana como según se dice colgaba del árbol del conocimiento en el Jardín del Edén. Que al parecer era un higo, pero quiso la tradición trocarla por una manzana brillante y bruñida. La misma que al ser mordida condenó a los hombres a arrastrarse por el mundo, sentir pudor, envejecer y avergonzarse. Pero mi manzana tuvo un objetivo más modesto. Actuó como una maza de cantero, desprendiendo un fragmento de corona de una de mis muelas. Provocó una agitación sísmica a lo largo de mi mandíbula y me obligó a buscar un dentista con urgencia y como la clínica a la que solía ir había cerrado —según vi en televisión se acusaba al dueño de orquestar una estafa piramidal. La policía mostró los fajos de billetes de quinientos dispuestos en abanico, los ordenadores investigados y las llaves de un Ferrari—, busqué la más cercana a mi casa, por si podían atenderme a la mayor brevedad.

Me citaron a última hora de la tarde, pasadas las ocho. Al ser un nuevo paciente tuve que rellenar un formulario con mis datos personales, historial clínico, etc. Dudé en algunas preguntas: ¿bebe habitualmente? ¿Fuma? ¿Toma drogas? Quise mentir, pero no pude. A los pocos minutos me hicieron pasar a la sala y sentarme en el sillón de dentista. Mientras trataba de ponerme cómodo, me puse a leer los diplomas con marco dorado: odontólogo, estomatólogo y otros títulos que me aseguraban estar en las mejores manos o al menos en manos cualificadas, las de Ana de la Cruz Serrano.

El nombre me hacía cosquillas, me quería decir algo. La conoces, es mucha casualidad. Los mismos apellidos, la misma ciudad. ¿Será ella? Sentí cómo se me secaba la garganta. De la Cruz, claro. Veinte años desde la última vez, quizá más. Temí que pudiera reconocerme, al leer mi expediente donde había detallado mi nombre completo y mi fecha de nacimiento; donde había mentido con la altura y el peso, añadiendo centímetros y quitándome kilos.

Sin embargo, cuando entró en la sala me pareció una completa desconocida. Durante un par de minutos la observé manipular el muestrario de tornos y taladros, ajustando sus herramientas e hice un esfuerzo por reconstruir a Ana de la Cruz Serrano, la que yo recordaba. Una niña morena de nueve años, con el pelo rizado. Muy habladora y redicha, algo cargante. Una adolescente con la que me encuentro en pleno invierno y se detiene a hablar conmigo. Lo suficiente para prenderse en mi memoria y quedar su imagen con un gorro de lana y guantes recortados en la punta de los dedos congelada, soldada a mi

hipocampo. Quizá para siempre. Entre tantos miles de recuerdos, de conversaciones banales o trascendentes. Una polaroid imperecedera.

La dentista era de piel morena, sí, pero con el pelo rubio y liso. Podía ser Ana de la Cruz y podía no serlo. Se puso unos guantes e introdujo sus dedos en mi boca. Movi6 la muela y luego asi6 una aguja:

—Es solo un picotazo.

Me hice el fuerte y apreté un poco los puños.

— ¿Así que eres educador social? —me dijo—Madre mía, qué valor. Con lo que es la gente. ¿Y dónde trabajas?

Siguió una breve conversación mientras de cuando en cuando tanteaba la encía, para asegurarse de que la anestesia hacía su efecto. Cuando vio que podía seguir, asi6 unas tenacillas y me hizo una última pregunta,

—Pero tú no eres de aquí, ¿verdad? No me suena tu cara.

Apenas respondí:

—Sí, soy de aquí. Nací aquí.

Me miró en apariencia sorprendida, frunciendo el ceño, extrañada, porque se dice que en las ciudades pequeñas todo el mundo se conoce e introdujo las tenacillas en mi boca, removiendo un fragmento de muela que se había astillado y me estaba inflamando la encía. Sentí cierta decepción en el hecho de que no me recordara en absoluto, pero al mismo tiempo le perdí el miedo. Retiró la mano. Tenía los dedos embadurnados en sangre. La miré con fijeza, mientras me contaba detalles técnicos, que pasaban por reconstruirme la muela y ponerme una corona. Lo que imaginaba, trescientos euros como mínimo. Y entonces reconocí su voz de niña, que pareció fundirse con aquellos dos breves fogonazos que mi memoria había preservado sobre ella. Me fijé en sus ojos, las pupilas verdes, como dos gigantes gaseosos flotando en mi extraño universo. Yo soy ese niño que te tiraba del pelo y te llamaba pija. Ese maldito niño que te ponía la zancadilla. Lo hacía porque me gustabas, pero nunca te lo dije. Me has olvidado, porque con seguridad llegaste a odiarme o no reparabas en mí más que en una mosca molesta, en un mosquito que zumba unos segundos, pica y deja una roncha enrojecida en el codo o en cualquier fracción de carne expuesta y luego muere.

La miré con una fijeza que a mí me pareció insolente, porque quería compartir con ella esos dos recuerdos, la cercanía física, el roce de una pierna, la conversación, su gorro de lana. Hubo un momento en el que trastabilló al hablar, su charla fluida, de persona inquieta, desbordante, se interrumpió como si hubiera tropezado con una piedra. La piedra de mi mirada. Acto seguido me despidió, sin apenas palabras y me dejó solo en el pasillo, abandonado como un perro. En la recepción la secretaria imprimió una hoja con el presupuesto y me

dio cita para el martes.

El camino de vuelta lo hice pensando en Ana de la Cruz, ¿me habría reconocido? ¿Existía tal posibilidad? Siendo niños fuimos juntos a clase de inglés. Años después, la encontré en mitad de la calle una tarde de invierno del año 1996 y mantuvimos una conversación, no sé si larga o breve, no sé de qué. ¿Por qué tendría que acordarse ella? ¿Y por qué me acordaba yo? De pronto, la idea de que no había dejado ni el más mínimo rastro en su memoria se fortaleció. Había sido un fugaz arañazo sin secuelas y aunque en la siguiente cita me armara de valor y le preguntara, “¿de verdad no te acuerdas de mí?”, dando algunas explicaciones peregrinas, si había sido engullido por el remolino, no quedaría ni una centésima, ni un fotograma. Respondería para salir del paso: “claro, ¡ya me acuerdo! ¡Cuánto tiempo! No te había reconocido”. Por pura cortesía podría añadir: “soy muy mala para los nombres ¿eres Antonio? ¿Felipe?, ¿no llevabas gafas?”

A la noche, como un alud contenido durante largo tiempo, llovieron varios nuevos recuerdos de Ana de la Cruz. Su mirada chispeante, la explosión de sus ojos verdes frente a mí. Mi pierna rozándose con la suya, la llamarada consecuente. Dudaba. ¿Aquellos nuevos recuerdos habían sido desenterrados? ¿Yacían como el cofre de un tesoro bajo tierra? Temí estar inventando una historia, construyendo un amor que nunca había existido, en una persona a la que había visto por última vez hacía veinte años y de la que mi memoria había preservado, por alguna razón o sin ella, dos instantes, dos breves fragmentos deteriorados por el paso del tiempo. Nunca había estado enamorado de Ana de la Cruz, ese nombre, aquella niña junto a la que pasaba tres cuartos de hora cantando “head, shoulders, knees and toes” y recitando el verbo “to be”. Los tres segundos de entrechocar miradas en la clínica, su aparente turbación, ¿habían despertado en ella un recuerdo dormido? ¿O eran el principio de algo, la primera llama y no un rescoldo? Dando vueltas de un lado a otro de la cama no supe decir si había estado enamorado o acababa de enamorarme, si con sus dedos ensangrentados me había hurgado en el corazón y en realidad aquella aguja de cinco centímetros, en lugar de anestesia, contenía un elixir que anegaba mi voluntad o la distorsionaba. Comencé a dudar que esa niña a la que tiraba del pelo y se paraba a hablar conmigo en la esquina achaflanada de la Glorieta se llamara Ana de la Cruz, ¿y si era del Olmo o de la Fuente? Incluso hubo un atisbo, un breve relámpago en el que otra niña, Ana no sé qué, me cogía de la mano y yo me soltaba rechazando aquel gesto que era de niñas y me alejaba corriendo, veinte años corriendo en dirección opuesta y el recuerdo de un amor incierto persiguiéndome.

A la mañana siguiente abrí la boca y me miré en el espejo. Allí estaba el

emplaste provisional de color ocre, taponando el pedazo de muela que me había extraído con las tenacillas. Miré el día de la siguiente cita y traté de imaginar su reacción al verme de nuevo. Sus labios moviéndose, su figura nerviosa de lado a lado de la pequeña consulta, la ayudante con la mascarilla puesta, como un testigo mudo de su baile polinizador.

“Ya sé quién eres, haciendo memoria en casa lo acabé sacando. Aquel crío arisco que iba conmigo a inglés. Me escupía, tiraba del pelo y llamaba pija. No imaginaba que llegaría a ser tan lerdo y tan feo. Te aconsejo que cambies de dentista por el bien de los dos”.

No pude con la incertidumbre, así que anulé la cita y pedí presupuesto en otra clínica, una franquicia apadrinada por una estrella del fútbol, donde la recepcionista me pidió la nómina para financiar mi tratamiento en doce mensualidades, sin intereses. Tratamiento al que añadió el empaste de dos caries y una endodoncia, con una limpieza bucal de regalo por ser nuevo cliente.

Ostras recibió el Premio de Relato Corto José Luis Olaizola en el III Certamen de Relato Corto y Poesía de Boadilla del Monte (2016)

Ostras

Estaba cenando con unas amigas en una marisquería cerca del puerto. Nos llegaba el efluvio del mar y el chapoteo de las olas sobre los barcos anclados en el muelle, que crujían oscilantes. Anocheceía y el vino blanco muy frío, que formaba un breve óvalo de vaho en la copa a cada trago, me estaba dejando adormilada. Un poco al margen de la conversación, me dio por fijarme en el dibujo anaranjado que proyectaban las farolas sobre el mar, roto su reflejo, deshilachado por el leve temblor del agua. Me recordaba a aquellos cuadros de Van Gogh donde reverbera la luz sobre lo opaco, como la chispa de una mirada donde se intuyen las más procaces intenciones.

En la mesa, mis amigas se dejaban atrapar por una telaraña de ebriedad y despoticaban contra todo lo vivo, como fiscales implacables de la moral. Comenzaba a sentirme un poco hastiada, cuando le vi llegar. Las manos dentro de los bolsillos, el pelo fosco y rubio, casi blanco. Me miró de reojo, pero ningún gesto descompuso su cara de esfinge. Se sentó en una mesa cercana y cruzó las piernas, mientras leía la carta mirando por encima de las gafas. Me fijé en sus calcetines, deshilachados y en los zapatos con la punta erosionada.

—Pues te digo que no es así, ¿tú qué opinas, Charito?

Tres cabezas se giraron pendientes de mí, esperando una réplica, moviendo apenas la mandíbula como si algún fragmento de comida les estorbara entre los dientes.

—La verdad es que no os estaba haciendo ni caso.

Reímos las cuatro y pedimos otra botella de vino. Mis amigas reanudaron la conversación y yo me dediqué a contemplar al nuevo comensal, que mordisqueaba unas aceitunas. Me chocaba su gesto de absoluta concentración. En estos tiempos, en los que pasamos horas y horas con la cabeza agachada sobre una pantalla como flores marchitas, la gente ha dejado de mirarse. Mejor dicho, sí lo hace, pero de una manera superficial: para valorar el corte de pelo, el estilo con el que uno viste o las formas ocultas bajo la ropa; esos pechos recauchutados, el salami colgando o aplastado como una hamburguesa. Pero lo que casi nadie hace es escrutar a la persona que contempla, tratar de llegar donde guarda su esencia, su alma y discernir si atraviesa un calvario o contiene en su corazón una alegría desbordante o está enamorado y sufre por ello; si es generoso o cruel, si es un padre abnegado o tiene el corazón de piedra. Indagar en esa persona, sin que se percate. Porque entonces dejaría de actuar con naturalidad, impondría una severa máscara, levantaría un fortín entre él y nosotros para no mostrarse, en un gesto de pudicia sustancial. Si uno observa de

esta manera, sabe que el ser humano es más transparente de lo que cree y solo los grandes impostores pueden disfrutar de la opacidad y con ello adquieren un inmenso poder, porque no son manipulables.

El desconocido parecía vivir con ese embozo, que ponía su alma a salvo de la intemperie y las miradas profundas. Yo lo intentaba con los rayos equis de mi intuición, pero me topaba con un manto de plomo. Hasta que comenzó a removerse, como una figurilla de barro que de súbito adquiere vida. Entonces miré en su dirección y reparé en el camarero, que le llevaba un plato de ostras recién abiertas.

El desconocido suspiró frente al plato y el rubor manchó la punta de la nariz y sus mejillas. El labio inferior le temblaba ligeramente. Cogió uno de los moluscos y con la rapidez con la que un camaleón despliega su lengua y engulle el bocado, sorbió con deleite y dejó caer la concha vacía sobre la mesa.

Las ostras son un molusco con fama de afrodisíaco, y aunque recuerdan al sexo de la mujer, su ambigüedad es sugerente: reúnen lo femenino y masculino en su ser y carecen de cabeza, como si estuvieran concebidas por una mente libidinosa para insinuar ya no solo la forma, sino la textura, el olor, la viscosidad y el sabor del sexo.

El desconocido agarró casi con violencia, en un arrebato apasionado, la siguiente ostra y la introdujo en su boca. La chupó un instante y su nuez se movió como un pistón mientras la deglutía. Entornó los ojos y noté como agarraba levemente el mantel con la otra mano. Aquel hombre estaba disfrutando de un orgasmo gastronómico. Miré con cierta frustración, como el amante insatisfecho, las cáscaras de gamba y las almejas sumergidas en la salsa marinera de mi mesa. El desconocido respiraba agitado, notaba subir y bajar su pecho como un fuelle. Parecía que intentara contener la eyaculación para evitar truncar el momento álgido, que estaba a punto de llegar. Reconocía ese rictus de tensión, casi al borde de la decepción más absoluta. Lo había percibido en mis amantes, cuando aminoraban su cabalgamiento y entornaban los ojos, apretando la barriga. ¿En qué piensas? Preguntaba y quién sabe en qué piensa un hombre para evitar la riada.

Abrí las piernas porque los muslos comenzaban a quemarme y me encaré directamente al desconocido. Una de mis amigas se levantó para ir al baño y se le dobló un tacón. Me reí y eso me distrajo un rato, lo que lamenté, porque no pude ver el final del primer acto. El desconocido se dejó caer en la silla. Parecía relajado, exhausto. Encendió un cigarrillo y aspiró hondo. Una de mis amigas pidió la cuenta, al mismo tiempo que el afortunado comensal, que levantó el brazo para pedir la suya. Observé que tenía la piel de gallina. Alguien se preguntará cómo pude notar lo, pero mi mirada, focalizada en aquel hombre,

parecía gozar de una intensidad sobrehumana. Podía percibir los surcos alrededor de sus ojos como ramblas secas y los filamentos que despuntaban de su barba sobre la barbilla agrisada. Me miró entonces, percatándose de que le observaba, pero de sus ojos había desaparecido aquel arcoíris de placer. Sentí en ese momento deseos de ser ostra, un gelatinoso bivalvo y ser rozada por sus labios, engullida por su boca en pleno éxtasis.

Pasión de botellón

Paco

Estábamos en la explanada del botellón, dos personas entre mil, a escasos diez pasos en línea diagonal. Mi grupo se arracimaba en torno a un árbol, junto al que habíamos depositado las bolsas con el hielo, los refrescos y el alcohol dispuesto para su libación: setecientos cincuenta mililitros de brebaje a cinco euros la botella. Sin embargo, la mayor parte del tiempo fingía ignorarme. Desde que acabó lo nuestro, cuando notaba mi presencia cerca se apoderaba de sus gestos un ánimo teatral, de oscura indiferencia. Me miró de reojo y siguió hablando con sus amigas. Pequeños fragmentos de su charla conseguían abrirse paso, entre el jaleo, y llegaban amplificadas a mis oídos. Cada brizna de ella misma se colaba en los márgenes de mi campo visual y era como una sacudida. La observé colocando su vaso sobre el capó de un coche rojo, mientras buscaba una botella de vodka entre las bolsas.

Así que no conseguía dejar de mirarla. Laura hablaba, gesticulaba y sólo a veces, como respondiendo a mi súplica, exhalaba una sonrisa en mi dirección. Mis amigos estaban allí, alrededor mío. Reía con ellos sin saber de qué o porqué lo hacía. Les decía: “mirad esa es, la de negro, junto al coche rojo”. Y ellos giraban sus cuellos como reptiles, dándome golpes en el hombro. Ella, rodeada de un resplandor de lejanía, cargaba otra vez el vaso de hielo, en precario equilibrio sobre sus tacones y lo llenaba de alcohol barato. El licor traspasaba los cubitos que crujían deshaciéndose.

Se distingue a los bebedores lentos y a los borrachos ahítos porque sostienen el vaso sin hielo con la mezcla pestilente, imbebible, como si fuera el cirio pascual. Llevaba un buen rato moviendo el vaso de un lado para otro, como un ridículo penitente ebrio. La sensación pastosa en la boca crecía después de cada trago, las manos se me secaban, acartonándose y comencé a sentir un fuerte dolor en las sienes, como si la broca de un taladro atravesara mi cráneo de yeso. En medio del barullo, entre conversaciones que recorrían de paso mi cerebro, me iba llenando de valor para ir hacia donde estaba y aclarar el malentendido que había acabado con lo nuestro.

Entonces llegó el otro.

Y cayó la noche. Una oscuridad cerrada como el ala de un cuervo. Los relámpagos de Laura centelleaban en otras latitudes. Les contemplé reír, y se fue apoderando de mí la más destructiva desesperación. Al final desaparecieron dejando en el suelo las botellas sobrantes y una bolsa de hielo, convertida en un

charco donde quería ahogarme. Me acerqué al lugar en el que habían estado, cogí una botella de Coca-Cola a medias y regresé a mi sitio. La explanada estaba a reventar. Las voces se contaban en cientos, en miles. Qué soledad tan terrible. Sentí como caían una tras otra, bocanadas de tierra sobre mi cabeza.

Laura

Estaba allí mirándome, orgulloso de haberme probado y loco por volver a hacerlo. Pero la oportunidad se brinda cuando se merece. Después de todo, ¿qué buscaba? Me dejé embaucar. No puedo explicar bien por qué. Su hablar pausado y reflexivo, la delicadeza con la que me cogía de la cintura, las copas, una tras otra, con que aderezábamos la charla. Los empujones de mis amigas. Las ganas de probar. La libido batiente, conforme el alcohol inundaba mi torrente sanguíneo y hacía saltar los cerrojos de inhibición con su llave maestra. Al final acabé en la habitación de su piso compartido, a las cinco y pico de la madrugada. Nos arrojamos sobre la cama, hicimos el amor como bestias y después nos quedamos dormidos.

Al despertar lo hicimos otra vez. Mientras me vestía, le contemplé desnudo, el pene menguado, regresando a su forma de oscura caracola. Me confesó que había sido la mejor noche de su vida. Tejió esa red de frases hechas que deben resultar infalibles para pescar a incautas como yo. Después compartimos un café soluble e intercambiamos los números de teléfono.

Tras aquel encuentro, me llamaba cada jueves y aunque tenía mis reservas, me convencía su voz pausada, imaginar sus labios que más que hablar miraban. Después, en la cama, siempre promesas. Pero durante el fin de semana era como si se lo tragara la tierra, él lo achacaba a los estudios o a que tenía que ayudar en el negocio de sus padres. Hasta que me contaron la verdad; siempre hay alguien dispuesto a descubrir las cartas de los tramposos.

Cuando le desvelé que sabía la causa de sus desapariciones de viernes a domingo, que no estaba dispuesta a ser su segundo plato, que lo nuestro había acabado, comenzó a llamarme, primero negándolo todo, luego pidiéndome perdón; al final, insultándome con su voz de rata, diciendo lo que solo son capaces de verbalizar los amantes despechados. Cuando se cansó, regresaron los ruegos, las disculpas bien envueltas, las justificaciones. Levanté en su contra un muro de silencio.

Sabía lo que quería en el botellón, lo que pretendía mirándome de esa manera, como un conductor con prisa ante un semáforo en rojo. Bebía para envalentonarse y dar el primer paso. Se creía un encantador de serpientes. Sus amigos me miraban con descaro, porque con ellos alardeaba, yo lo sabía, de si

me había hecho esto o yo le había hecho lo otro. Con estudiada maldad dirigía en su dirección ambiguas sonrisas. Sonreír en medio de una multitud es jugar al azar, cualquiera se puede sentir correspondido.

Me gustaría haber visto su cara, al desmoronarse el castillo de naipes que yo misma le había ayudado a levantar. Porque ha llegado Jorge, me ha cogido de la mano y he sentido que el corazón me aleteaba de gusto. Jorge es transparente, no esconde ningún as en la manga, sus cartas no están marcadas. Nos hemos ido y de verdad, me gustaría haberlo visto, su cara al darse cuenta de que el disco del semáforo no se moverá esta noche del rojo.

Jorge

Laura había quedado con sus amigas en el botellón. Inventé una buena excusa para no ir. No soporto esas aglomeraciones. La explanada de tierra, fría y húmeda; los vasos de plástico astillados en el suelo, como escarcha. Los coches varados con las puertas abiertas y el *subwoofer* vibrando en el maletero. Los corrillos de gente pugnando por emborracharse rápido y romper la mordaza con la que conviven a diario. El olor a vómito y orina por todas partes. Y lo que me sorprende más, la cantidad de personas endomingadas, americana, vestido, medias y zapato de fiesta, como si disfrutaran de un elegante cóctel en el hall del Ritz.

Cuando me acercaba fumando un pitillo donde me había dicho Laura que iban a estar, me abordó un borracho para pedirme fuego. Llevaba un viejo walkman, la música estridente gruñía desde los auriculares. Antes de que dijera nada me advirtió con el dedo, que se llevó a la boca en señal de silencio:

— ¡El Gran hermano nos vigila!

Con las mujeres me gusta ir despacio. La mía es una labor de zapador. Pero en lugar del pico y la pala, mi herramienta es la paciencia. Escucho lo que haga falta, me disfrazo de animal sensible, me convierto en su paño de lágrimas, ofrezco mi hombro para que se desahoguen. Así ablando a mi presa para que no oponga resistencia. Caen en mis brazos como fruta madura. No me precipito. Un paso a destiempo puede echarlo todo a perder. Hay que elegir bien el momento y entonces, con resolución, lanzarse al cuello como un lobo. Nunca fallo la dentellada.

Sin embargo, Laura es un hueso difícil, todo un reto para mis habilidades depredadoras, sobre todo desde que estuvo con Paco. El imbécil contaba a sus amigos cada revolcón, recreándose con imprudencia en los detalles y los fines de semana regresaba a su pueblo, a pasear como si tal cosa con su novia cogida del brazo. También alardeaba de esa elemental bigamia con los íntimos. Le

perdió la boca, la verborrea poética que utilizaba para atraer a sus presas. Se le atragantó el anzuelo. No me costó trabajo quitarlo de en medio. En la cafetería siempre hay oídos ávidos de chismes. Carroñeros del cotilleo que huelen a kilómetros la carne putrefacta. Si quieres esparcir un rumor, sólo tienes que elevar el tono unos decibelios, sentarte cerca de estudiantes solitarios o de pequeños grupos y notar que bajan la voz o se quedan en silencio cuando hablas. El epicentro de tus palabras se extenderá como las ondas sísmicas de un terremoto y en menos de lo que dura una tarde en invierno, serán *vox populi*.

Laura está imponente esta noche. Algo flota en el ambiente. Echo una mirada rápida a su escote, generoso y la forma ovalada de los pechos bajo el vestido me hace salivar. Ya me imagino hundiendo las manos en ellos como si fuera un almohadón de plumas. Siento la electricidad de su cuerpo entre mis dedos. Nos vamos. Ni me molestó en mirar a Paco. Mientras nos alejamos, cogidos de la cintura, cada roce dilata un segundo, hasta parecer un minuto. Pienso en cómo deshacerme de sus amigas, repaso mentalmente mi plan, fingiendo que escucho cuando Laura me habla.

Paco

Quedamos muy pocos en la explanada. Las bolsas se acumulan hasta donde llega la vista. Me cuesta vocalizar y me tambaleo. Un grupo canta levantando los vasos. Sus voces beodas me llegan como si estuviera debajo del agua. Observo algunas botellas volando, estrellándose en el asfalto y las risotadas consecuentes. Se organiza una pelea. La policía irrumpe y nos dispersa. Los espigadores de botellas recorren cada montón, picoteando aquí y allá, mientras un loco hace taichí ajeno al desastre y los servicios de limpieza arrastran la porquería con grandes cepillos de madera.

Desasosiego

Estoy delante de su casa. Para ser más exactos, estoy en el portal. Frente a mí, la hilera de botones del llamador me recuerda a los de la guerrera de un soldado. Pero estos no brillan como los de latón; son de un color marfil apagado por los sucesivos aplastamientos, por los dedos sucios que percuten cien veces al día, por la luz cetrina que apenas ayuda a discernir a qué vivienda corresponde cada uno.

El tercero. Letra d, de dedo. Sé que hoy está sola, me lo dijo ayer: mis padres se van mañana de viaje. O no me lo dijo a mí directamente, quizá fue un fragmento de su conversación que cacé al vuelo lo que llegó a mis oídos.

Saco el libro de Pessoa de la bolsa. Lo he dejado sin envolver porque quiero que parezca comprado por casualidad, para poder decirle: he ido a la librería y al verlo me he acordado de ti.

En realidad, he recorrido cuatro librerías buscándolo. En alguna de ellas querían anotar mi nombre y mi número de teléfono, me aseguraban que lo tendrían en menos de cuarenta y ocho horas. Pero no, tenía que ser esta tarde. Era mi salvoconducto, la excusa para llamar a su puerta, para comprobar si el estremecimiento de sus labios, un temblor que no agitaría ni el agua de un vaso y las palabras que se atascan en su boca cuando la miro con fijeza, son justo lo que parecen. O lo que anhelo. Y es que cuando la tengo cerca desearía apretarla entre mis brazos, pero no para notar sus formas bajo la ropa. Lo que quiero es fundirme, como la espuma salada que se disuelve sobre la arena. Quiero que me impregne, que me empape, que se trabe en mi urdimbre.

Pensar en ella me causa desasosiego. Es una sensación parecida al odio. Dejo de percibir el mundo, incluso el aire que me envuelve. Por unos segundos desaparezco y vuelvo a materializarme en un futuro proyectado, hipotético; una sombra, como toda ensoñación. En ese espacio caleidoscópico la desnudo, la beso. Cuando vuelvo en mí, he recorrido cien metros, he cruzado un paso de peatones, he leído tres páginas de un libro, he acabado la comida del plato o estoy dentro del autobús para regresar a casa. Pensar en ella me secuestra, me engulle como un tigre oculto en la espesura.

Me habló de ese libro, que le había impresionado tanto; una antología, en realidad, ¡qué pena perderlo! y se transformó a mis ojos en la manzana de oro de las Hespérides, el fruto que me permitiría alcanzarla. La llave que abriría esa puerta herrumbrosa que, a pesar de todo, a pesar del rubor de sus mejillas si el azar nos acercaba el uno al otro, en el ascensor o en clase, no había sido capaz de

franquear.

Cuando duermo noto su aliento que me hiere en la espalda. La he imaginado de todas las formas posibles. Su vientre, su calor, nuestra lengua entrechocando, enredándose y su respiración jadeante, sus breves palabras expulsadas en una bocanada ardiente. El contacto con su piel me calcina. Esta es la verdadera pasión, el auténtico contacto que nos animaliza, el cuerpo como ventosa, como llama, como garra. No es ese sexo de cuerpos de piedra que apenas se rozan, solo se horadan, penetran y salpican. Yo no quiero eso, no la quiero de rodillas, ni a horcajadas; no quiero esa gimnasia, ese tedio, dentro y fuera, dentro y fuera, monótono, muerto, tan deprimente al final porque queda el fluido, la excrecencia, que rápidamente se diluye licuándose y hiede a cloroformo. Yo la imagino masticando, devorándome como el fuego.

Guardo el libro en la bolsa; no, lo saco. Frente a la hilera de botones, sin mover un músculo, estoy cada vez más nervioso. No me atrevo a llamar y para ganar tiempo me dirijo a una cafetería que está justo enfrente, desde donde puedo ver la puerta y me derrumbo sobre la barra.

Cuando buscaba su libro, en la última de las librerías, estuve hojeando unos cuadernos de arte. Me detuve en uno de Yves Klein, cuya portada era una fotografía donde el artista se arroja al vacío. Suspendido en el aire, agita los brazos como si se arrepintiera en el último segundo y el asfalto, a tres o cuatro metros, parcheado, estéril, abriera sus fauces dispuesto a triturar sus huesos. El artista paladea esa fracción, ese instante en el aire en el que parece que va a echar a volar; pero por la lógica implacable de nuestro universo sabe que caerá irremisiblemente. Mirando la foto, sentí el deseo de que hubiera emprendido el vuelo o al menos hubiera caído flotando, oscilante como una hoja que se desprende de una rama.

Miro de nuevo su portal a través de la ventana y siento renacer el valor. Acabo el café, me tiemblan las piernas. Guardo de nuevo el libro. Antes he memorizado una cita, unas breves palabras que me sirvan de invocación, que abran esa puerta metálica, la reja de su castillo y me franqueen la entrada.

Fue la semana pasada cuando decidí que debía intentarlo. La profesora trazó la última equis. Acababa el curso para desempleados que nos había acercado por puro azar, al asignarse los ordenadores por orden alfabético. Así, al rozarme con el codo, y notar su cuerpo inclinado sobre mi pantalla para preguntarme una duda, al compartir la pausa para el café y juntar las espaldas o los hombros en el ascensor, esos breves puntos de contacto me fueron uniendo a ella como estrellas de una constelación. Son pistas, indicios, evidencias y estas constituyen mi esperanza, no sé si sólida o efímera, pero esperanza al fin y al cabo de que yo le atraigo tanto como ella a mí.

El sosiego es conformismo. El sosiego es resignación. Y hoy fue el último día de clase, mañana regreso a mi ciudad. No tengo su número de teléfono, tan solo se dónde vive porque una vez me ofrecí a acompañarla y ella aceptó. Hablamos un buen rato, sobre Pessoa y el lenguaje HTML. A menos que decida llamar y me abra, no volveré a verla más. Seré para ella una sombra, como cualquier otra, de las muchas que recorren de paso nuestras vidas. Abro el libro y leo al azar: *el que sueña lo imposible tiene la posibilidad real de la verdadera desilusión*, y me quedo con él abierto entre las manos, y así cruzo la calle otra vez hacia su portal, otra vez siento ese cosquilleo. Por fin llamo al timbre, que no suena. Desasosiego, el que causan los timbres que no emiten sonido alguno, tan solo una luz, esa luz que te convence de que alguien atenderá tu llamada. Pero no hay nada, ni un crujido, ni siquiera algún indicio de que ha descolgado.

Vuelvo a llamar; el tablero se ilumina, me siento como Klein arrojándose al vacío. Casi percibo mi caída, pero también puede que flote, que me descomponga en una fracción y me convierta en gas.

ACERCA DEL AUTOR

Me llamo Gerardo V. y la literatura no es mi profesión, pero me ayuda a tapar las numerosas vías de agua que a menudo amenazan con hundir mi barco. Aunque escribo por placer o terapia, según el caso, he recibido alguna palmadita en la espalda. La primera fue el Félix Grande de narraciones en las Fiesta de las Letras de Tomelloso, que coincidió con el año en el que nos dejó el genio. El I Certamen de Relato Breve Biblioteca de Illescas, el Premio de Relato Corto José Luis Olaizola, en Boadilla del Monte y el Relatos por Justicia de la Biblioteca de Cuenca figuran —aun siendo trofeos de caza menor— entre lo máspreciado de mi vitrina. Aparte, he publicado en antologías de andar por casa y revistas como Almiar-Margen Cero, RSC, La hoja azul en blanco, Troquel-Revista de letras y Los Heraldos Negros (México). En abril de 2017 recibí el segundo premio en el VII Certamen Internacional de Novela Corta Giralda. Me podrás encontrar en el blog Varado en la llanura, donde comparto mis lecturas, divagaciones y escarceos literarios.